ADALBERT STIFTER

# El solterón

Traducción de Carlos d'Ors Führer

*El solterón*, traducida por primera vez al castellano, constituye un viaje iniciático de la adolescencia hacia la madurez, y una confrontación entre la libre e irrefrenable juventud y la aislada y solitaria vejez.

«En realidad, ¿a quién le apetece casarse?». Víctor es un joven bastante cándido cuya vida se reduce a dar paseos bajo la luna y a asistir a comidas campestres. En sus ratos libres, sin embargo, se siente profundamente desgraciado. Haciendo gala de un temperamento sublime, jura un día que nunca se casará. Entonces, por sorpresa, recibe la noticia de que ha de viajar junto a su anciano tío, al que no conoce y que lleva años recluido en una remota isla en medio de un lago sumergido entre montañas tenebrosas. Será en ese lugar, poblado por seres que parecen sacados de un sueño, donde el joven Víctor hallará un sentido a su existencia.

Adalbert Stifter

# El solterón

**ePub r1.0**
**Titivillus** 14.01.17

Título original: *Der Hagestolz*
Adalbert Stifter, 1844
Traducción: Carlos d'Ors Führer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# Nota a la edición

En el año 1840 apareció la primera narración impresa de Adalbert Stifter
(1805-1868)
con el título de *El cóndor*. Con ello se abría la década más gloriosa de su vida literaria. En poco tiempo le siguieron otros títulos tan conocidos como *Der Hochwald, Abdías* y *Brigitta*, con gran eco en la prensa. Con la aparición de los primeros volúmenes de la colección de sus *Studien*, en el otoño de 1844, alcanzó la obra de este autor su máxima resonancia, aunque tuvo que enfrentarse muy pronto a considerables críticas, dada su voluntad formal de alcanzar la perfección clásica.

Paralelamente a este momento culminante de su actividad, apareció en el mismo otoño de 1844 el relato *Der Hagestolz* (*El solterón*), que presentamos hoy a nuestros lectores. Esta narración surgió exclusivamente de una serie epistolar escrita entre diciembre de 1843 y julio de 1844. Como sucedía casi siempre, el escritor recurrió a las notas a pie de página para redactar el manuscrito definitivo que se fuese a publicar, de tal manera que antes de imprimirlo incorporó algunas anotaciones críticas de cara a una posible reedición posterior más amplia. Pero a pesar de sus temores, la acogida de su relato —que en su opinión era todavía inmaduro e incompleto— fue buena. Ya en noviembre de 1844 apareció la primera recensión que fue publicada en el Almanaque *Iris. Taschenbuch für das Jahr 1845* (*Iris. Libro de bolsillo para el año 1845*) por el conde Johann von Mailáth en Pest (Budapest). A pesar de la favorable acogida del relato, Stifter se aplicó a finales de 1846 a la revisión y ampliación del relato con vistas a editarlo en el conjunto de los *Studien*, apareciendo finalmente en el Tomo V de los mismos en 1850, junto con *Der Waldsteig* (*El sendero en el bosque*).

Por mucho que Stifter creyese que había conformado en *Der Hagestolz* el carácter de su héroe con verdadera profundidad y fuerza originarias, no obstante, las valoraciones que se hicieron de su libro fueron controvertidas y discrepantes. Stifter permitió, a tenor de las objeciones recibidas por aquel entonces, que en su relato proliferase lo puramente decorativo, prefiriendo los elementos más descriptivos, accesorios y naturalistas. (Nosotros no suscribimos ni mucho menos esas objeciones de su tiempo y pensamos, muy por el contrario, que ese supuesto decorativismo naturalista es lo que confiere mayor valor a esta narración, convirtiéndose así en su principal virtud).

El texto de la edición de nuestra traducción del relato de Stifter (Adalbert Stifter. *Der Hagestolz*. München. dtv. Deutscher Taschenbuch Verlag, Bibliothek der Erstausgaben, nummer 2662, 2005) sigue la primera edición aparecida en octubre de 1844 en Pest (Budapest), y publicada por la editorial Gustav Heckenast en el *Iris. Taschenbuch für das Jahr 1845*, en las páginas
277-394,
según la ortografía y la puntuación de aquella época, aunque se corrigieron en esta edición alemana de 2005 para dtv algunas erratas de imprenta encontradas en el texto original impreso de 1844.

Carlos
d'Ors
Führer

# Uno

La higuera infecunda fue talada y arrojada al fuego abrasador.

Pero si el jardinero es benévolo y bondadoso, vela cada primavera por sus verdes hojas y favorece el reverdecer del árbol hasta que las hojas van faltando y al fin solamente quedan las secas ramas mirando al cielo. Finalmente el árbol es arrancado y su lugar desaparece en el jardín. Las otras miles de ramas y millones de hojas continúan creciendo y reverdeciendo sin que ninguna pueda decir: he brotado de sus semillas y produciré dulces frutos como aquel árbol. El sol continúa brillando con sus amables rayos, el cielo azul sigue sonriendo como lo viene haciendo desde hace milenios, la tierra se reviste de su acostumbrado verdor y las especies vivas continúan sucediéndose en su larga cadena desde antiguo hasta la actualidad: pero solo este árbol es verdaderamente eliminado, borrado para siempre, porque su existencia no ha dejado señal y sus huellas no se perpetúan en el curso del tiempo.

Ante una casa, situada en una isla, permanecía sentado un hombre viejo, muy viejo, tembloroso ante la muerte. Se le hubiera podido contemplar durante muchos años, si hubiese habido ojos que le hubieran podido ver. No hubo jamás ninguna mujer que permaneciese junto a él, ni siquiera la sombra de un niño al que él hubiese podido enseñar a correr por la arena de la playa. Todo era silencio en aquella casa. Cuando el viejo entraba en ella, se encargaba de cerrar la puerta tras de sí y, cuando salía, era él quien abría la puerta.

Muy lejos de la soledad del anciano, a varios días de distancia, existía otro lugar muy diferente donde crecían los árboles, donde cantaban los ruiseñores y donde vivían cinco jóvenes que estaban en la efervescencia de sus vidas. Un resplandeciente paisaje les circundaba bajo la sombra de las nubes pasajeras y en la llanura se divisaban las mansiones y las torres de una gran ciudad.

Uno de ellos dijo:

—Está decidido: desde ahora y para siempre no me casaré nunca.

El que pronunció estas palabras era un joven delgado, de dulces ojos. Los demás rieron, no parecieron darle mayor importancia y siguieron caminando.

Al cabo de un rato, otro de ellos dijo:

—En realidad, ¿quién quiere casarse? ¿Quién quiere asumir la ridícula carga de una esposa y ser gustosamente su esclavo, sometiéndose a ella y a quedarse sentado como un pájaro entre las rejas de una jaula?

—Sí, ¡pedazo de estúpido!; pero bailar, ser amado y pelear con tu pareja, sí que te gustaría, ¿no? —contestó un tercero, y de nuevo estallaron las carcajadas.

—A ti no te va a querer nadie.

—Y a ti, tampoco.

—Me importa un bledo.

No se pudo oír el resto de la conversación. Solo se escuchó alguna alegre risa suelta y luego nada más, puesto que los jóvenes subieron enseguida por una empinada cuesta que partía de la plaza, alborotando al pasar las ramas de los arbustos.

Mucho más lejos, mirando hacia la izquierda, más allá de los montes azulados que brillaban en el lejano horizonte, se hallaba la isla en la que vivía el solitario anciano.

Vigorosamente caminaban los muchachos bajo el sol resplandeciente, rodeados del verde ramaje, y en sus ojos y sus mejillas brillaba toda su inquebrantable confianza en la vida. En torno a ellos florecía la primavera con la misma inexperiencia y seguridad que la de ellos.

Y un alegre parloteo brotaba de sus gargantas. Al principio hablaban todos de todo, y lo hacían al tiempo; unas veces hablaban de lo más elevado, y otras, de lo más profundo. Y en ambos casos los temas se agotaban rápidamente. Fueron tratados los temas de la libertad, de la justicia y de la tolerancia sin límites y

se aseguró que quien estuviese en contra de ello, sería rechazado y vencido. El enemigo del pueblo sería aplastado y sobre la cabeza de los héroes brillaría la gloria. Entretanto en torno a ellos reverdecerían solos los arbustos, surgiría la tierra fértil y esta empezaría a jugar con sus primeros animalillos primaverales, como si fuesen joyas.

Entonces entonaron una canción; después, se persiguieron unos a otros, se arremolinaron en la hondonada o en la maleza, cortaron palos y ramas, y fueron subiendo cada vez más arriba hacia el monte y más allá de las viviendas habitadas.

¡Ay, qué misteriosa, qué enigmática y qué atractiva es la perspectiva del futuro y, sin embargo, qué claro y cotidiano aparece cuando este futuro se convierte en pasado!

Todos estos jóvenes corren ya hacia ese porvenir, como si no pudiesen esperar más. Uno hace gala de posesiones y placeres que sobrepasan sus años; otro se muestra aburrido como si hubiese agotado ya todas las experiencias, y un tercero habla utilizando términos que ha oído de sus mayores y de sus antepasados más lejanos. Después persiguen a una mariposa que aletea ante ellos y encuentran tirada en el camino una piedra de múltiples colores. El anciano, sin embargo, sigue sentado, mira hacia la nada, y el aire vacío y los inútiles rayos del sol juegan en torno a él.

Y mientras tanto, los jóvenes siguen esforzándose en subir cada vez más y más arriba de una colina. Desde lo alto, en las lindes del bosque, vuelven la vista atrás para mirar a la ciudad, otean en todas las casas y tejados para ver si hay alguien o no, y al final acaban introduciéndose en las sombras del hayedo.

El bosque se extiende un poco más allá. Sin embargo, más a lo lejos ascienden praderas luminosas en donde destacan algunos árboles frutales en un valle que se prolonga hacia abajo, silencioso y escondido entre las laderas de las montañas, y donde desembocan dos arroyuelos de agua cristalina. Las aguas saltan alegremente sobre la clara superficie, en medio de espesos bosques frutales, pasando a través de los huertos floridos y las casas, de un modo tan silencioso que se puede oír a lo lejos —en el claro aire del atardecer— el canto del gallo, y también el aislado sonido de las campanas con que el reloj da las horas. Raras veces un habitante de la ciudad visita el valle y ninguno de ellos ha levantado jamás en él una residencia veraniega.

No obstante, nuestros amigos corren más cuando van pradera abajo, hacia el suave declive del valle. Bulliciosamente descienden por jardines y huertos, avanzan por la primera vereda; luego, por la segunda; caminan junto a un arroyo y llegan finalmente a un jardín plagado de sauces, nogales y tilos. Allí se sientan alrededor de una de las mesas fijadas en el césped, y en cuya superficie aparecen nombres y corazones grabados, y solicitan la comida como si fuesen por una vez los dueños de la casa. Aquel día cada uno comió lo que quiso y después discutieron con el camarero, ordenaron que les trajesen una tarta de frutas y finalmente se marcharon. Luego continuaron el camino, desembocando en la amplia apertura del valle, pasando por encima de la cascada de la que se asustaban las mujeres que eventualmente pasaban por allí. Atravesaron un paraje peligroso sin ser conscientes de ello. Otra vez pidieron ayuda a un hombre para que les condujese en un bote, para luego regresar a por ellos y atracar en el lugar en donde les había dejado.

Después se introdujeron por cañaverales y otros lugares pintorescos hasta que alcanzaron el talud del ferrocarril. Y en tren, sentados en un asiento muy aireado, volvieron a la ciudad. Se apresuraron alegres por las calles solitarias, mientras todavía brillaban las últimas luces del día. Corrieron por los campos, por los terraplenes, atravesando casas, jardines y huertos mientras el sol, que durante todo el día les había acompañado tan alegremente, seguía brillando fuera como una reluciente esfera dorada que iba declinando, extendiendo sus últimos rayos entre los arbustos de los jardines y sumergiéndose cada vez más hasta que finalmente se hundió en el horizonte. Así, los amigos que habían gozado de aquellas montañas en el albor de la mañana, podían observar ahora los lejanos perfiles azulados de las mismas, irguiéndose sobre el cielo dorado del atardecer.

A continuación se dirigieron hacia la ciudad, en cuyas cálidas y polvorientas callejuelas iba ya anocheciendo. Y cuando llegaron al lugar en donde por fuerza tenían que separarse, se despidieron alegremente.

—¡Adiós! —gritó uno.

—¡Adiós! —respondió el otro.

—¡Buenas noches! Saluda de mi parte a Rosina.

—¡Buenas noches! Saluda también de mi parte a Augusto, si le ves, así como a Teobaldo y a Gregorio.

—Y tú, a tu vez, también a Carlos y a Lotario.

—Y a Eduardo y a Teodoro.

Y seguían oyéndose nombres y más nombres. Se acordaban del uno y del otro; de este y de aquel, porque la juventud tiene innumerables amigos y siempre aparecen nombres nuevos. Y todavía en los callejones por donde ya se habían dispersado, seguía resonando el eco de los «buenas noches, buenas

noches». Luego se hizo el silencio y cada uno se dirigió a su casa, buscando el descanso y el sosiego para sus fatigados cuerpos.

El anciano de la isla, sin embargo, yacía en su cama, situada en una habitación firme y bien protegida, y cerraba con fuerza sus ojos con intención de dormir.

Pero dos de los jóvenes, al separarse los demás, habían tomado el mismo camino.

Uno le dijo al otro:

—¿Es cierto, Víctor, que no quieres casarte?

—Sí, es verdad —contestó el otro—. Y encima soy muy desgraciado.

Mientras decía esto, sus ojos brillaban y su respiración se agitaba. Su compañero guardaba silencio mientras caminaba a su lado por el callejón. Finalmente entraron también en la misma casa, subieron las escaleras y pasaron a través de diversas habitaciones, repletas de luces y de gente.

—Mira, Víctor —dijo su compañero—. He mandado preparar para ti una cama junto a la mía para que duermas cómodamente. Rosina nos traerá la cena y mañana podrás regresar a tu casa atravesando el bosque. Ha sido un día increíble. No quiero que lo pongamos fin entre más gente. ¿No prefieres tú también cenar aquí arriba conmigo y no abajo, en la mesa con todos? Ya he avisado a mi madre…

—Lo prefiero, desde luego —contestó Víctor—. Es muy aburrido que tu padre nos haga perder tanto tiempo comiendo. Además, habla demasiado. Pero mañana, Fernando, tengo que volver a casa en cuanto amanezca.

—Puedes irte cuando lo desees —dijo el otro—. Las llaves de la casa están siempre en el hueco de la puerta.

Mientras charlaban, comenzaron a desvestirse y a quitarse las pesadas y polvorientas botas. Una prenda de vestir fue puesta en un sitio; otra, en otro. Un criado trajo lámparas y una doncella una bandeja de cenar cubierta con ricos y abundantes alimentos. Cenaron deprisa y con ganas. Después se apresuraron a mirar primero por una ventana; luego, por otra; dieron vueltas por la habitación mientras las nubes se tornaban rojizas, y vieron los regalos que Fernando acababa de recibir hasta que, finalmente, se acostaron cada uno en su cama. Aun así, continuaron charlando animadamente. Pero, apenas habían transcurrido unos minutos, ninguno de ellos era ya capaz ni de comenzar un tema de conversación ni de proseguirlo, porque ambos habían caído ya rendidos en el profundo, sano y reconfortante sueño de la juventud.

Y no solamente ellos: todos sus compañeros de aquel día, y miles y miles de personas más, se sumergieron totalmente en esa tumba cotidiana que es el sueño. La noche, con su manto de estrellas, fue avanzando lentamente. Ya se tratase de jóvenes corazones que hubiesen disfrutado del día vencido, o de ancianos que estuviesen próximos a la muerte, la noche transcurrió, empujando una estrella tras otra hacia el oeste hasta que finalmente llegó al borde de su manto, levantando entonces al amanecer aquel pálido velo luminoso al que le sigue el día y que viene ya rodeado de las miles y miles de luminosas imágenes de la alegría que acompañarán ese día a los pobres mortales, con sus vidas colmadas de sufrimientos.

Uno de aquellos jóvenes era el que el día anterior con tanta ligereza y tanto atolondramiento se había exaltado: Víctor fue el primero que salió por las callejuelas cuando apenas empezaba a despuntar la primera, pálida y lechosa luz del amanecer bajo la ciudad dormida. Como movido por un resorte, caminó a través de las despiertas callejuelas mientras sus pasos resonaban sobre los adoquines.

Vamos a seguirle para ver lo que de alegre o de triste le traerá la jornada. Había pronunciado el día anterior una palabra ofensiva, aunque él no era consciente de ello. En la figura del anciano de la isla estaba prefigurada su suerte futura, pero él ni lo sospechaba. Alegremente avanza hacia su destino, esperando bien a que llegase a cumplirse como lo había hecho hasta entonces, o bien a que le volviese definitivamente la espalda.

En los primeros momentos caminaba solo por las callejas: era el único ser que había a la vista. Después fue encontrándose con algunos rostros amargados y adormilados que se encaminaban temprano a sus trabajos. Comenzaban a escucharse ya los ruidos de los carruajes que traían las vituallas a la ciudad. Continuó caminando. Fuera de las puertas de la ciudad se encontró con el fresco y húmedo verdor de los campos. Justamente en ese momento salió el sol, enviando con sus rayos resplandores rojos, azules y verdes a la superficie de las húmedas praderas. Las alondras revoloteaban alegres, aunque la cercana y, de ordinario, ruidosa ciudad permanecía muda todavía.

Una vez se sintió fuera de las murallas de la ciudad, Víctor abandonó inmediatamente la recta calle por la que transitaba y tomó la pequeña senda lateral que se perdía en los campos, ascendiendo hacia las montañas y muriendo en la arboleda en la que el día anterior había escuchado el aletear de los ruiseñores.

Continuó por aquella senda, oteando su ascensión hacia las montañas y caminando bajo la cubierta de árboles. Al igual que el día anterior, siguió escuchando el canto y el aleteo de los ruiseñores. Pero, también

al igual que el día anterior, decidió pasar de largo. Subió luego por la misma ladera del monte que ascendía desde la arboleda hasta las lindes del bosque. No se volvió esta vez a contemplar la ciudad sino que se internó enseguida en la maleza, apresuradamente y, tras ascender por una pradera, bajó al mismo valle que ya conocemos, tan silencioso, y por el que discurrían dos arroyuelos de agua cristalina.

Tomó por el primer sendero, y hoy sí que se detuvo algún tiempo a contemplar el brillante y soleado panorama que se divisaba abajo. Caminó entonces por la segunda vereda, avanzando junto a las impetuosas aguas. Antes de alcanzar los jardines donde el mediodía anterior habían celebrado la comida, había un sauce, un sauce enorme que se inclinaba casi totalmente sobre la superficie del agua y cuyas raíces y ramas colgantes parecían juguetear y desdibujarse en la corriente. En el ancho campo que se extendía alrededor del sauce había un vallado de jardín pintado de color gris ceniza sobre el que se habían derramado las copiosas y abundantes lluvias primaverales, y en el vallado se hallaba una puertecita de madera increíblemente minúscula, tan grisácea como el mismo tronco del sauce, pero tan inocente e inofensiva que ni siquiera podía cerrarse, pues no tenía ni cerradura ni pestillo, sino únicamente un dispositivo cuyo ángulo inferior se prolongaba más allá del travesaño de su parte superior de tal manera que la puertecilla, al abrirse, volvía a cerrarse sola. Por esta puertecita entró Víctor, pasando por ella con suma facilidad. Caminó alrededor del sauce sintiendo en sus mejillas el roce de sus ramas. A lo lejos, frente a él, divisó la pared de una casa, blanca como la nieve. Ante ella surgían dulcemente arbustos de lilas y árboles frutales, y se destacaban relucientes ventanas, tras las que colgaban blancas cortinas inmóviles. Víctor se aproximó a la casa. Delante de ella, se extendía un amplio patio con una fuente y un viejo manzano en el que se apoyaban numerosas estacas y objetos varios. Un viejo perro lobo movió su cola ante el recién llegado mientras las gallinas, las alegres habitantes de la casa, escarbaban intensamente bajo las ramas del manzano como si quisieran mostrar su alegría por la presencia del recién llegado. Entró por la puerta abierta de la casa, atravesó la cocina y la arenilla que había en las baldosas del suelo rechinó bajo sus pies. Siguió después hacia la habitación de abajo, revelando, al abrirla, un suelo encerado y reluciente. En la habitación no había más que una anciana mujer que en aquel momento estaba abriendo una ventana, ocupada en limpiar el polvo de las blancas mesas, sillas y armarios y en colocar en su lugar las cosas que habían sido utilizadas la noche anterior.

Cuando oyó al recién llegado, abandonó su tarea y volvió su rostro hacia él. Su cara era la de una mujer anciana pero bella —algo poco frecuente—, de tez suave y tranquila, aunque surcada por múltiples y minúsculas arrugas, que daban cuenta de su bondad y alegría de carácter. Su rostro aparecía rodeado de una inmaculada toca blanca y en ambas mejillas lucía sendas y preciosas manchitas sonrosadas.

—Espera —dijo ella—. He vuelto a olvidarme de la leche. Tenía que haberla mantenido caliente. Mira, está allí en la ventana; pero seguro que se habrá enfriado. Ten paciencia, Víctor; la volveré a calentar.

—No estoy hambriento, madre —dijo Víctor—. En la ciudad, antes de marcharme he comido un par de bocados de la comida que sobró de la cena de anoche.

—Aun así, tienes que estar hambriento —contestó la mujer—. Has caminado más de dos horas en el aire frío de la mañana, y el bosque está húmedo. Porque seguro que has venido por el bosque, ¿no es cierto?

—Sí. Por allí el camino es mucho más corto.

—¿Lo ves? Como precaución he puesto las cosas en la lumbre hace una hora, por si venías a tiempo. Y me había olvidado de ello por completo.

—Pero no quiero comer nada…

—Come, Víctor, come —dijo ella. Y se dirigió a la cocina sin aguardar respuesta. Avivó el fuego de dos cazos que había sobre negros carbones y regresó a la habitación.

—¿Estás cansado? —dijo ella cuando vio que su hijo se sentaba en una silla.

—No —contestó el muchacho—. No estoy cansado, pero ¡cuánta distancia hay también hasta aquí si se viene por la pradera de entrenamiento!

—Sí; corres siempre de tal forma que crees que los pies te aguantarán eternamente. Mientras estás corriendo no te das cuenta, pero si te has sentado así, medio tirado en la silla, será porque te has cansado de verdad.

Víctor no respondió nada, sino que, completamente hundido en la silla, se ocupaba en mesarse con la palma de su mano sus largos y sueltos cabellos, que había colocado suavemente delante de su rostro y a los que miraba de hito en hito, detenidamente. Solía acariciarse el flequillo, y era ese flequillo precisamente lo que se estaba mirando con tanta atención.

Entretanto la mujer prosiguió con su tarea. Elevándose sobre las alzadas puntas de sus pies, intentó alcanzar el polvo que estaba en lo alto, cubriendo cajas, botes y repisas, como si este se burlase de ella; pero taburetes y sillas acudirían en su ayuda para elevar su altura y permitirle atrapar y desalojar así al enojoso

huésped de aquellos lugares. Había allí también, encima de un mueble, un juguete de niño: un pequeño silbato con un agujero redondo en cuyo interior había minúsculos objetos que resonaban al soplar (el silbato, de hecho, parecía que hiciera bastante tiempo que no había sido usado, y posiblemente jamás volvería a utilizarse). Pero la mujer limpió a conciencia el juguete por todos los lados, tras lo cual volvió a colocarlo en su lugar. Lo mismo hizo con otros objetos, que adornaban los alrededores de las cajas y los botes.

—¿Pero por qué no me cuentas nada de lo que hiciste ayer? —preguntó ella repentinamente cuando pareció percatarse del silencio reinante.

—Porque ahora no me hace ninguna ilusión —respondió Víctor.

La mujer no pronunció palabra. Se limitó a consagrarse de nuevo a su tarea de limpieza, agitando de vez en cuando el trapo sucio por la ventana abierta. Después de un rato, reanudó la charla:

—Mira, Víctor, tengo que decirte algo: creo que estás muy equivocado. Ahora seguramente no lo comprenderás. Mírame bien: dentro de poco cumpliré setenta años y jamás me habrás oído decir que algo no me hace ilusión; a uno le tiene que hacer ilusión todo, porque todo es bello, y más bello se va volviendo con el tiempo, conforme uno se va haciendo más viejo. Cuando yo tenía dieciocho años, entonces afirmaba a cada instante que mi vida era muy desgraciada; y lo decía justamente, cuando me era negada alguna satisfacción que me había figurado que merecía. Todo lo que Dios envía es bello, aun cuando uno lo desconozca. Y cuando se piensa y se medita correctamente y se aprende a conocer las cosas tal como son en realidad, uno llega a la conclusión de que al final no existe más que júbilo y felicidad en el mundo. Por ejemplo, ¿no te has fijado, cuando venías, en las hojas de lechuga que había sobre las plantaciones, de las que ayer no había ni rastro y que apenas hoy han brotado al exterior? El aire de la montaña tiene que haberlas hecho madurar y crecer considerablemente.

—No, no las he visto —respondió Víctor.

—¿Lo ves? —prosiguió la mujer—. Pero ahora quiero hablarte del otro asunto. Me he ocupado de prepararlo todo para tu partida. El pequeño baúl tendré que devolvérselo puntualmente al carpintero, puesto que es demasiado áspero y si metes ahí los libros podrían dañarse por el camino. Ayer me pasé todo el día trabajando mientras estabas fuera. Lo que tienes que llevarte está ya allí, junto a la maleta. Te he comprado una preciosa y ligera maleta de cuero; alguna vez te había oído decir que te gustaban. Las correas las hemos repasado para ver que ninguna hebra estuviera defectuosa. De trajes estás bien servido, y puedes mudarte hasta tres veces si quieres. Ahora, sé cuidadoso con las cosas al guardarlas y no arrugues ni estropees nada, ¿me oyes? También he escogido lo que tiene que ir en la mochila y lo he preparado. Pero, ahora dime: ¿qué es lo que te apetece hacer, Víctor?

—Tengo que preparar la maleta, madre.

—Pero, hijo mío, no has comido nada todavía. El desayuno debe de estar caliente ya.

Al punto salió de la habitación, y a su vuelta, trajo, junto con dos pequeños cazos humeantes, una fuente, una taza y un trozo de pan de leche en una bandeja de deslumbrante brillo con bordes de latón. Dispuso todo sobre la mesa, comprobó que la comida estaba caliente todavía, y se la colocó delante de las narices al chico, dejando que el aroma se esparciese por la habitación. A ver si era capaz ahora de negarse a comer lo que le traía. Pronto comprobó que no se había equivocado en su estrategia: el muchacho —que solo al principio pareció resistirse un poco— acabó sentándose a la mesa y devoró las viandas con ese apetito que tan propio es de la juventud.

Entretanto, la anciana había ya terminado de limpiar todo, y una vez dejó los paños, se dedicó a observar a su hijo, con una mirada entre alegre y sagaz. Cuando el joven terminó de dar buena cuenta de lo servido, la mujer aprovechó los últimos restos que quedaban en el plato y llevó después los cacharros a la cocina para que la criada se encargase de ellos cuando llegase a casa; pues esa mañana, al salir de la iglesia, la muchacha se había desviado de su camino para quedarse a comprar lo que necesitaban para el día.

Al volver de la cocina, la mujer se colocó delante de Víctor y dijo:

—Perfecto. Ahora que te has recuperado escúchame bien. Quiero que sepas que si yo fuese verdaderamente tu madre —tal como a ti te gusta llamarme siempre—, estaría muy enfadada contigo por decir que ya nada te ilusiona. Incluso aun cuando hubiese algo triste que te desesperase, tu antigua alegría debería ser suficiente para que lo soportases. De mí, a pesar de los muchos años que tengo ya, ningún ser humano podrá decir que me ha visto derramar una sola lágrima de dolor. Y tú deberías ser igual, y aún más: deberías dar gracias a Dios por tener un cuerpo joven y fuerte, y por poder marcharte fuera a buscar aquellas alegrías que a nosotros se nos hurtan. No tienes disculpa. Tu padre tuvo que pagar muy cara la deuda de la desgracia que le persiguió hasta el día en que murió. A buen seguro su alma habrá recibido la recompensa en el más allá; fue un hombre bueno que tuvo siempre buen corazón. Piensa en cuánto me

sorprendí —quiero decir, de alegría— cuando vi que en su testamento había dejado escrito que tú deberías vivir conmigo y aprender en el pueblo lo que en cualquier momento te podrían preguntar en la ciudad. Yo pensaba: ¡el pobre difunto! En el fondo fue un buen hombre, yo le perdoné. Y pensé también que en verdad fue una persona de buenas intenciones. Pero hay una cosa más que he de decirte, Víctor: en realidad no eres tan pobre; el dinero que se estableció que me dieran todos estos años para tu manutención, lo he ido invirtiendo y he ido apartando los intereses para ti. No le digas nada al tutor, no es preciso que lo sepa. Naturalmente, has de tener algunas posesiones para cuando otros se planten delante de ti y presuman de que lo suyo es mejor que lo tuyo; de este modo no tendrás que retirarte sintiendo la vergüenza de no tener dónde caerte muerto. Y cuando tu tío te desmienta mis palabras y te diga que conserva todavía su pequeña propiedad, no te aflijas; lo cierto es que está tan endeudado que no le pertenecen ya ni las tejas de su casa. Lo sé bien porque, velando por ti, lo he comprobado en los libros del Registro. Pero no te aflijas: por mi parte nunca te faltará una moneda en el bolsillo cuando lo necesites cuando hayas de marcharte a trabajar. Y no por ello se verán disminuidos tus ahorros. Yo me seguiré ocupando de ti. De ropa de casa no necesitas ni una sola hebra. Hanna blanquea sábanas y colchas: la mitad las tengo reservadas para ti; en el futuro tiene que estar todo preparado para ti, como corresponde. Y de tejer, coser y arreglar me ocupo yo misma, y Hanna me puede ayudar también. Un hombre que se incorpora a su primer empleo es como un novio: debe ser provisto de dote. Y mi Víctor tiene que estar en una situación privilegiada en ese sentido. Agradece a Dios que te ha concedido ese empleo que tantos anhelan y sé humilde por haber sido agraciado con esas aptitudes que te han permitido alcanzarlo. ¿Ves? Por todos estos motivos, en su conjunto, estaría yo enfadada con tus palabras si fuese tu madre. Porque no reconoces la labor del Señor, que es quien verdaderamente vela por nosotros; pero, como no soy tu madre verdadera, no sé si te he dado tanto cariño ni si te he hecho tanto bien como para poder permitirme enfadarme contigo y decirte que lo que piensa no te deja demasiado bien. Pero no te enojes por esta reprimenda que te estoy dando, Víctor, y acude en nombre de Dios con tu tío, porque él así lo desea. El tutor también piensa que es bueno para ti. Por cierto, ¿pudiste ver ayer a Rosina?

—No, no la he visto.

—Si llegases a ser lo suficientemente competente en tu profesión, ella podría convertirse algún día en tu mujer; piensa en lo poderoso que es su padre y en cómo sobrellevó y administró honrada y aplicadamente tu costosa tutoría sin negarte nunca nada, y se mostró siempre alegre cuando ibas superando de ese modo tan brillante tus exámenes. Pero para eso queda mucho todavía; las cosas bien pueden desarrollarse de ese modo, o de otro muy distinto. Tu padre también estaría muy orgulloso de ti; tenía un espíritu de una altura que ellos no llegaron siquiera a vislumbrar; incluso tu madre, tu querida madre, fue también una mujer muy buena y muy piadosa, aunque muriese mucho antes que él. Bueno. No te entristezcas; sigue adelante con paso firme y actúa como corresponde. Cuida de no desordenar los trajes; los he colocado para que quepan bien en la maleta. Y escucha por último este ruego que te hago: estaría bien que antes de marcharte, esta tarde o mañana temprano, te disculpases delante de mi Hanna y le dijeses que no ha estado nada bien que os peleaseis con tanta frecuencia durante estos años.

El joven no respondió a estas palabras, sino que se puso en pie inmediatamente y se dirigió hacia la puerta. Empujando con el hombro la recia madera salió de la habitación. Una vez fuera, subió con rapidez las escaleras hacia su cuarto. El perro siguió sus pasos.

Las ventanas de la planta superior dejaban ver un amplio panorama. Desde el cuarto de Víctor se podía admirar el sauce, más allá los árboles frutales y, un poco más lejos, se adivinaba la corriente del pequeño arroyo; las otras ventanas miraban al patio y al estanque, y el resto, al huerto; pero desde cada una de ellas podían divisarse las azuladas cordilleras que, iluminadas por el sol, rodeaban y protegían con su silencio al valle y al bosque de árboles frutales, envolviendo con toda su plenitud y grandeza natural al pueblo que en aquellos momentos reposaba en el aire cálido, como mecido entre las montañas.

Cuando Víctor llegó arriba, vio a una muchacha asomada a una de las ventanas del pasillo. Al oír sus pasos la chica se giró y exclamó:

—Ah, eres tú, Víctor; no sabía que hubieses llegado. ¿Por qué no me llamaste ayer al pasar bajo mi ventana?

—Celebrábamos el cumpleaños de Fernando —respondió Víctor—. Y se supone que durante todo el día no estábamos ni para nuestros padres ni para nadie; y ya que teníamos el día entero para nosotros, decidimos disponer de él a nuestro antojo. No nos apetecía comer en casa, y decidimos hacerlo en el valle. Y fue por eso por lo que no te saludé. ¿Lo entiendes ahora, Hanna?

—No; no acabo de comprenderlo —dijo la muchacha—. Me hubiese asomado un momento…

—Y porque eres una curiosa y sueles complicar las cosas —le replicó Víctor.

—Vale. Puede que sea así —dijo ella, mientras bajaba rápidamente las escaleras. Se podía escuchar el tenue frufrú de sus ropas mientras lo hacía.

Una vez Hanna llegó abajo, Víctor abrió la puerta de su cuarto y entró. Las ventanas de la habitación se encontraban abiertas, y arriba, en el techo bien iluminado, jugueteaban suaves reflejos provenientes de la corriente del agua del arroyo. Sobre el suelo se dibujaban las sombras de las ramas de los árboles. El continuo rumor y el calmado murmullo del agua rompían el silencio. Ahora en el interior del cuarto todo era muy distinto a como había sido el día anterior. Nada se encontraba como antes, en su disposición acostumbrada. Los cajones de los armarios habían sido abiertos y estaban vacíos; además su contenido yacía esparcido alrededor de la estancia. La blanquísima ropa de lino había sido ordenada en sus piezas correspondientes y empaquetada con cintas de seda de diferentes colores, rojo, azul o verde según los casos, así como los trajes, que habían sido doblados y agrupados convenientemente. Sobre una silla había una pequeña mochila, con su contenido expuesto junto a ella. La maleta aguardaba abierta en el suelo, con las correas desabrochadas y las hebillas colgando. La flauta había sido metida en su funda, y esta, a su vez, envuelta en papel y sellada. Sobre el escritorio había diversos utensilios de viaje. En una de las esquinas de la habitación había una caja vacía, y el suelo estaba todo cubierto de largos jirones de papel: solo el reloj colgaba en el lugar donde había estado siempre, con su acostumbrado
tic-tac.
Y también los libros, que permanecían en sus estanterías esperando a que alguien los leyera.

Víctor, sin embargo, permaneció inmóvil y, en vez de comenzar a recogerlo todo, se quedó sentado en la silla, estrechando al perro contra su pecho.

El cadencioso sonido de las campanas del reloj de la torre llegaba a sus oídos a través de la ventana, pero Víctor no se percató de qué hora era. También escuchó a la doncella, que ya había vuelto y que canturreaba en el jardín. Por momentos parecía como si las lejanas montañas centelleasen, cuales brillantes trozos de plata o piedras de cuarzo cristalino. El entramado de sombras avanzaba lentamente por el suelo. Los reflejos de las luces en el techo del cuarto habían ido desapareciendo poco a poco, puesto que el sol hacía rato que había ascendido en su curso. Se podía escuchar en la distancia el cuerno del pastor, que llevaba a sus animales a pacer. El reloj volvió a dar las horas, pero el joven permaneció allí, sentado en su silla, con su perro sentado ante él, mirándole imperturbable.

Finalmente, cuando percibió los pasos de su madre subiendo las escaleras, dio un salto repentino y se aprestó a realizar la tarea tanto rato postergada. Abrió las puertas de cristal de las estanterías de los libros y comenzó a sacarlos y a depositar su contenido en el suelo. La mujer se limitó a asomar un instante la cabeza por la puerta y, al verle tan atareado, se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Él, sin embargo, una vez emprendida la tarea, permaneció en su lugar y se aplicó a ella de un modo cada vez más intenso. Una vez despejó de libros las dos abarrotadas estanterías, y tras comprobar que había vaciado completamente los anaqueles, agrupó los volúmenes en pequeños montones, según su tamaño, y ató convenientemente cada grupo con cuerdas, colocando una hoja de papel escrito encima de cada montón para que su contenido fuese reconocido a primera vista. La mayor parte de los libros los metió en la caja que había en la esquina del cuarto, y el resto los colocó sobre la mesa. Después se ocupó de los papeles. Todos los cajones del escritorio y de las dos mesas fueron abiertos y todos los escritos que allí había, examinados hoja por hoja. A algunos se les echó un simple vistazo y fueron agrupados; unos cuantos más fueron parcialmente leídos y después rotos en pedazos, o bien arrojados directamente al suelo; otros, por último, fueron doblados y metidos en el bolsillo de la chaqueta o en la cartera. Poco a poco, todos los cajones fueron quedando vacíos, revelando en sus fondos el triste polvo que el tiempo había depositado en las hendiduras y en las grietas de la madera. Acabada esta tarea, ató los papeles con cuerdas y colocó unos cuantos dentro de la caja y otros tantos sobre la mesa. Después preparó la maleta. Se permitió guardar en ella algún que otro recuerdo de la infancia: una pequeña linterna, un estuche con una cadena de oro, unos anteojos, dos pequeñas pistolas. Todo ello fue colocado sobre la blanda y suave ropa lavada. Una vez hizo esto, cerró la tapa de la maleta, apretó las correas y en uno de los lomos pegó una etiqueta.

La mochila permanecía todavía abierta sobre la silla. Fue colocando con desgana en cada uno de los numerosos compartimentos y bolsillos de la misma todo lo que su madre había dispuesto para el viaje. Cuando ya había terminado de meter lo que quedaba, y una vez cerró la mochila y le dio un golpecito final con la cansada mano para acomodar bien su contenido, vio cómo asomaba por la puerta la cabeza del carpintero. Con él traía una pequeña caja, tan lisa que aseguraba que podría meter en ella cualquier cosa por suave y delicada que fuese sin temor a que se estropease. Víctor, tras inspeccionar la caja, se mostró satisfecho con el trabajo. Entonces despidió al hombre, y se dispuso a meter allí todos los libros y los escritos que había puesto previamente sobre la mesa. Una vez hecho esto, atornilló la tapa y le pegó

asimismo otra etiqueta.

El trabajo había concluido. Víctor echó una última mirada a la habitación, en busca de algo que se hubiera dejado olvidado, o bien que colgase de las paredes y que todavía mereciera la pena guardar. Pero nada quedaba ya, y únicamente le contemplaba el cuarto desierto: entre los pocos objetos que dejaba, objetos que repentinamente se le habían vuelto extraños, estaba su cama, que llevaba allí desde siempre, y que ahora también yacía solitaria en medio de la estancia, cubierta de polvo sucio.

Permaneció quieto unos instantes. El perro, que hasta esos momentos había seguido con ojos curiosos cada una de las tareas de su amo, cuidándose de que el muchacho no chocase con él en su desordenado deambular, permanecía ahora quieto, mirando hacia arriba, como si se preguntara al mismo tiempo qué sería lo siguiente que se le ocurriría a su amo.

Víctor se secó el sudor de la frente con la palma de la mano y luego con un paño, agarró un cepillo que había por allí y quitó como pudo el polvo de sus ropas. Entonces se dispuso a bajar las escaleras.

Había pasado mucho rato desde que subiera aquella mañana. Cuando llegó a la habitación de abajo, vio que no había nadie. El sol de la mañana, que había lucido alegremente pocas horas antes y que había teñido de los visillos de las ventanas un tono tan suavemente blanco cuando había llegado temprano de la ciudad, se había convertido en un sol de mediodía que destellaba sobre los tejados con su cegadora luz. El aire cálido se derramaba sobre la parda madera de las vigas del techo. Los árboles frutales estaban como paralizados; sus hojas, húmedas y radiantes por la mañana, se habían secado y lucían ahora mates e inmóviles. Los pájaros se deslizaban silenciosos por sus ramas y picoteaban su alimento. Las cortinas habían sido descorridas y abiertas las ventanas, y ante ellas se desplegaba el cálido paisaje. En la cocina ardía un fuego resplandeciente y oloroso. De repente vio que la criada se hallaba cocinando junto a él. Todo estaba sumido en un profundo silencio del que podría afirmarse: «Pan duerme».

Víctor se dirigió a la cocina y preguntó por su madre.

—Estará en el jardín —contestó la criada.

Víctor salió de la casa. Caminó entre los cuidados parterres en donde verdeaban plantas de todo tipo. El jardinero colocaba brotes y su hijo bombeaba agua en un canalillo que corría hasta una cubeta practicada en el jardín. Y entre el verdor brotaban grosellas negras y grosellas espinosas, mientras los ciruelos, los manzanos, los cerezos y los perales se alzaban sobre la verde hierba, y aquí y allá crecían flores por doquier. Junto a las ventanas se hallaban parterres cubiertos de flores primaverales que se apretujaban unas contra otras. Víctor caminó admirando todo aquel panorama. Así había sido siempre, hasta ese día, y así sería también cuando él se marchase. Su madre no se encontraba en el jardín. Sin embargo, detrás de los parterres había una bella explanada cubierta de hierba baja, sobre el que un manto de ropa blanca extendía su pálido fulgor.

Y allí estaba ella, observando la ropa, blanca como la nieve, que ya se disponía a tender, y la ya tendida, que se extendía ampliamente a través del sol declinante. A ratos comprobaba lo ya colocado, por si estaba ya seco, y mientras tanto iba poniendo pinzas en las cuerdas para que la ropa blanca cayese hasta el suelo; de hito en hito, ponía la palma de su mano a modo de visera delante de los ojos y miraba a su alrededor.

Víctor se encaminó hacia ella.

—¿Has terminado ya o has dejado algo para la tarde? —dijo la anciana—. Bien, por hoy ya vale. Porque, ¿verdad que es bastante más de lo que parece? Esta mañana has avanzado mucho y está bien que dejes el resto para luego. Yo misma lo habría preparado todo ayer, pero pensé que sería mejor dejártelo a ti. Así aprenderías a hacerlo.

—No, madre —contestó el muchacho—. No he dejado nada para más tarde. Ya está todo listo.

—Déjame ver —dijo la mujer, al tiempo que tocaba la frente del muchacho. Él se inclinó un poco y ella le retiró un mechón de pelo de la frente.

—Ah, muy bien, pequeño. Pero veo que has sudado de lo lindo.

—Sí, madre. ¡Es que hoy hace un día tan caluroso! —respondió él.

—No, no. Es también que hoy has trabajado mucho. Pero… si ya lo has hecho todo, ¿qué es lo que has dejado para esta tarde?

—Esta tarde iré arriba, al arroyo y a los roquedales, y a los hayedos… Pero he venido a verla por otro motivo, madre. Querría decirle algo, pero quizás se enoje…

—No me asustes, hijo. Habla. ¿Es que deseas algo más? ¿Has echado algo en falta? ¿Se te ha perdido algo?

—No, no me falta nada. ¡Incluso más bien me sobra! Me ha dado usted hoy una buena charla, madre. Y me ha dicho usted cosas que no he acabado de comprender bien, y que no se me van de la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Ha dicho usted que en el testamento de mi padre se destinaba un dinero para mi mantenimiento, y que usted lo había percibido año tras año, y que lo había depositado junto al suyo para que todo estuviese junto y rindiese unos buenos intereses.

—Sí; eso te he dicho, porque es lo que he hecho.

—Entonces mire, madre, mi conciencia me dice que no es justo. No puedo ni debo aceptar el dinero que usted me ofrece, porque no me pertenece. Prefiero decírselo sinceramente antes de rechazar luego el dinero y que usted se irrite. ¿Está usted enfadada?

—No; no estoy enfadada… —dijo ella, mientras le miraba con ojos de inmensa alegría—. Pero hazme caso, Víctor, no seas estúpido. Date cuenta de que yo no he cogido dinero por mantenerte en mi casa y ¡Dios me libre de coger jamás los ahorros de un niño! Esas ganancias corresponden a lo que anualmente ha ido quedando de sobra de tu manutención. Es un dinero legítimamente tuyo, y te pertenece. Los trajes que has necesitado te los ha proporcionado tu tutor; para tu comida no ha habido que hacer apenas gastos porque siempre has comido menos que un pajarito, y las verduras, la fruta y todo lo demás de lo que te mantenías, lo teníamos ya nosotros mismos en la casa. ¿Lo ves? Y que te haya tomado tanto cariño, eso no me exigió tu padre. Contra eso no puedes hacer nada. ¿Lo comprendes ahora todo?

—No, madre, no lo entiendo. Es usted demasiado buena conmigo. No haga que me avergüence. Aun siendo cierto que hubiese sobrado algo de dinero y que usted lo hubiese guardado para mí durante todo este tiempo, eso ya supondría por su parte una gran demostración de cariño y de bondad hacia mí. Y por si eso fuera poco, ahora dice que me entregará todo lo que ha sobrado del dinero destinado a mi manutención; pues bien, eso me causa un enorme dolor. No sé de qué manera devolverles todo lo que ustedes han hecho por mí: me han proporcionado un techo, me han dado de comer y de beber, y yo lo único que he conseguido es causarles más trabajo; han comprado material de viaje nuevo para mí, y se han ocupado solos de las cosechas y de recolectar los productos del campo, y también de cuidar el jardín. En mis armarios nunca han faltado sábanas ni mantas, y cuando tenía de todo y no necesitaba más, me sorprendían siempre con algún capricho inesperado, e incluso en esas circunstancias, me ponían cada día algo más a escondidas porque pensaban que podría hacerme ilusión. ¡Me ha tratado usted con más cariño incluso que a Hanna!

—No, Víctor, en eso te equivocas. Eres injusto. Hanna es mi hija, la he llevado en mi vientre; solo años después de que ella llegara, mi felicidad se vio truncada cuando me vi obligada a ser también su abuela; la parí con alegría, aún sumida en el dolor por la muerte de su padre, y creo que la quiero incluso más que a ti. Pero con frecuencia me parece que es a ti a quien he tenido en mi vientre y ¡lo cierto es que he tenido que criarte como una madre de verdad! En realidad, os quiero a los dos por igual y, cuando ambos seáis mayores de edad, os repartiréis el dinero a partes iguales. Así que es de todo punto injusto que te opongas a algo que a todas luces debería ser considerado como algo bueno. Deja en paz el dinero, Víctor. Y no hablemos más de ello; el dinero debe dejarse tranquilo. Ya encontraremos el modo de emplearlo bien. Y todo lo bueno que yo pueda hacer a hurtadillas por ti, quiero que sepas que lo hago también por Hanna. Piensa que tú no has traído más que bendiciones a nuestra casa: desde que llegaste, reúno cada año más para ella de lo que me era posible en los primeros tiempos. Cuidar de dos personas no es difícil: es cuestión solamente de experiencia y de maña. Y donde Dios bendice y provee para dos, por lo general bendice y provee para tres. ¡Oh, Víctor, hijo mío! ¡Ay, cuando echo la vista atrás, Dios mío, me doy cuenta de la cantidad de años que han transcurrido y de cómo he envejecido! Aquí todo es tan bello como lo ha sido siempre: las montañas siguen en el mismo sitio, y el sol sigue luciendo sobre ellas. Y mientras tanto, los años pasan uno detrás de otro, como si transcurriera siempre un único día. Allá arriba hay un lugar boscoso; mira, allí donde las cimas empiezan a cubrirse con aquellas nubecillas y la luz hace brillar tan silenciosamente los hayedos como si estos gozaran de un resplandor propio, dorado. ¿Lo ves? Ahí arriba, como te digo, hay un paraje boscoso, y si te internas en él encontrarás un peñasco ancho y plano, y una vieja haya, y verás que bajo él corre un riachuelo. No olvides nunca ese lugar, Víctor, hijo mío, no lo olvides en tu vida.

—Madre, no conozco ese sitio del que me habla. Nunca me lo ha mostrado.

—Sí, tienes razón; jamás te lo he mostrado. Además, hace mucho que no voy al bosque. Sin duda conocerás otros parajes que sean más bellos para tus ojos o, tal vez te topes con él hoy cuando subas por allí, o quizás lo hagas en otra ocasión. Ya lo verás, es muy fácil de reconocer. El haya extiende una larga y ancha rama sobre el peñasco, de modo que se pueden apoyar toallas y colgar un sombrero de mujer, y alrededor reina una gran tranquilidad. Pero deja que todo discurra a su aire, Víctor; estate tranquilo y no pienses más en el dinero, y no estés triste; sé que el dolor anida en tu corazón. Le das a las cosas más importancia de la que tienen. De todos modos, te habrás dado cuenta de que en el jardín no se mueve ni

una hoja. El aire está detenido en las copas de los árboles; puede que se avecine una tormenta. No te alejes mucho.

—No pensaba hacerlo. Además, conozco perfectamente los signos de la tormenta en el cielo. Si veo que se acerca una, me volveré a casa inmediatamente.

—Sí; sé que lo harás. Pero antes ¿quieres venir conmigo adentro? Pronto será mediodía. ¿O prefieres mejor quedarte por aquí hasta que llegue la hora de comer?

—Me marcharé un rato al jardín.

—Bien. Yo terminaré de poner las pinzas y de reforzar los nudos de las cuerdas. Espero que las aves no me hayan manchado la ropa blanca.

Víctor permaneció todavía un rato junto a su madre, observándola. Luego se dirigió al jardín y ella le siguió con la mirada.

Y después ella se aplicó en apretar uno tras otro todos los nudos de las cuerdas de tender, hasta que no le quedó ninguno por revisar, y limpió las manchas de tierra que había dejado sobre la ropa blanca un ganso, o algún otro animal, y luego la aireó y la levantó por acá y por allá para que no quedase demasiado pegada a la pradera. Y a ratos observaba al muchacho, y lo veía deambular por delante de este o de aquel arbusto del jardín hasta que, de repente, en el aire silencioso sonó la clara campanita del mediodía, la señal que avisa a la comunidad de que debe entregarse a la oración y recogerse en casa, después de larga y continuada costumbre, para reunirse en torno a la mesa y comer. La anciana vio como el muchacho se daba media vuelta y se dirigía hacia la casa. Entonces ella le siguió.

Hoy tenían invitados. Resultó que el tutor vendría a comer con toda su familia. Querían dar una sorpresa a Víctor y de paso, además, pasar un agradable día en el campo.

—Ya ves cómo somos —dijo el tutor—. Estábamos deseando volver a verte y celebrar contigo una fiesta de despedida. De ese modo, mañana no tendrás que pasar por la ciudad y podrás continuar tu camino, como corresponde a un buen académico al que todavía le restan un par de semanas de libertad antes de afrontar su primer trabajo.

—¡Dios te bendiga, hijo mío! —dijo la esposa del tutor, y besó a Víctor en la frente.

—¿No he hecho bien? —dijo Fernando, el hijo, al tiempo que estrechaba la mano de su amigo.

Mientras tanto Rosina, la hija, una hermosísima muchacha de doce años, permanecía en un rincón del jardín, sin decir nada.

Lo cierto es que la anciana tenía que estar de algún modo al tanto de la visita, puesto que la mesa estaba puesta para tantas personas como allí había. El matrimonio se sentó a la cabecera, Rosina se colocó junto a Hanna, la hermanastra de Víctor, y este por su parte se acomodó junto a Fernando. En el extremo más alejado de la mesa se sentó la anciana madre, para poder levantarse así y servir la comida sin que la incomodasen. De vez en cuando, sus ojos se posaban pensativos en Víctor y en Rosina, alternativamente.

Todo el mundo estaba de un magnífico humor. El tutor se enfrascó en la narración de diversas aventuras que le habían sucedido mientras viajaba cuando todavía era estudiante, y enumeró unas cuantas reglas y advertencias prácticas para aquel que buscase la felicidad. Su esposa aludió a una futura novia, y Fernando, por su parte, prometió que pronto visitaría a su querido amigo del alma. Víctor, por su parte, apenas abrió la boca. No bien se acabó de marchar el último de los visitantes, y mientras aún flotaban en el aire las palabras de despedida del tutor —«¡Señora Luzmila, Dios la guarde!»—, él estaba ya saltando a través del arroyo y corriendo por el peñascal para internarse en el hayedo.

—Déjale marchar, déjale marchar —murmuraba para sí la anciana mujer—. Le dolerá el corazón.

Al inicio de la tarde Hanna se dirigió a ella:

—Madre, ¿dónde está Víctor?

—Se ha marchado a decirle adiós al valle —respondió esta—. A juzgar por cómo se ha marchado, debe de haberse ido a despedir de la mismísima Naturaleza. Señor, no cabe otra explicación.

Hanna no respondió. Se dirigió al jardín y se dedicó a pasear entre los matorrales y los pequeños ciruelos.

Y el resto de la tarde transcurrió como era costumbre en aquella casa: la gente terminó las tareas que tenían asignadas, los pájaros se dedicaron a trinar en los árboles, las gallinas a correr por el patio, y las hierbas y las plantas a crecer. Las montañas se fueron tiñendo de oro bajo la luz del atardecer.

Y cuando el sol se había ya ocultado tras las cumbres y la vacía y pálida cúpula azul del cielo había cubierto ya todo el valle, regresó Víctor del paseo que con tanta urgencia había emprendido tras fugarse nada más terminar de comer. Rodeó pensativo la cerca del jardín trasero y alcanzó la portezuela que conducía al prado donde su madre había tendido la ropa aquella misma mañana.

En el lugar ya no había ni rastro de las blancas telas de lino; la verde y húmeda hierba, en cambio,

mostraba los lugares donde las ropas habían estado colgadas. Muchas de las ventanas que daban a los bancales del jardín habían sido cerradas, pues el cielo despejado presagiaba una noche fría. De la casa ascendía una fina columna de humo: probablemente su madre estaría ya preparando la cena. Una vez atravesado el cercado del jardín, Víctor dirigió su rostro hacia el oeste y el último resplandor del sol le iluminó tenuemente; un vientecillo fresco agitó sus cabellos y el cielo se reflejó en sus entristecidos ojos.

Poco antes, mientras caminaba ausente, había pasado por delante de Hanna, que estaba en el centro del jardín, pero ella no le había dicho nada por no importunarlo. La muchacha estaba bastante ocupada descolgando de un arbusto de ramas retorcidas algunas prendas de seda que había dejado por la mañana para que se secaran. Según las iba descolgando, las apilaba en un montón junto a ella.

Después de echar una mirada a su alrededor, reparó en Víctor, que estaba plantado en el jardín junto a un seto de rosas. Más tarde volvió a verle junto al verde sauce, pero el sauce se hallaba mucho más cerca de ella que los rosales. Poco a poco Víctor fue aproximándose a ella hasta que finalmente la tuvo frente a él. Entonces le dijo:

—¿Quieres que te ayude a llevar las cosas dentro, Hanna?

—No, pero gracias —respondió ella—. Son solo de un par de trapitos que he teñido y puesto a secar.

—¿No les habrá dado demasiado el sol?

—No; a este color violeta tiene que darle el sol para que luzca bien. Especialmente este sol de primavera.

—Bueno, pues entonces se habrán puestos más vistosos.

—Compruébalo tú mismo.

—Yo no entiendo de esas cosas.

—No han quedado tan bonitos como las cintas del año pasado, pero estoy satisfecha con el resultado.

—Es una seda muy fina.

—Sí; lo es.

—¿La hay todavía más fina?

—Sí; la hay todavía más fina.

—¿Y te gustaría tener muchos más vestidos de seda?

—No; me es igual. Los otros son también muy bonitos. Los vestidos de seda son demasiado elegantes, no puedes ponértelos todos los días.

—Ciertamente el gusano de seda es uno de los bichos más insignificantes de la Creación.

—¿Por qué dices eso, Víctor?

—Para obtener la seda hay que matarlo.

—¿De verdad?

—Sí; se cuece su capullo en vapor de agua, o se somete al humo del azufre para que el gusano muera dentro; si no lo haces así, el gusano mordería los hilos y acabaría convirtiéndose en mariposa.

—¡Pobre animal!

—Sí, Hanna. Pero por si fuera poco, antes hay que separarlos del lugar donde viven, de los soleados árboles de la morera y alimentarlos en nuestras propias casas con hojas de morera que crecen fuera y que no son tan frescas como las de su propio árbol. También las golondrinas y las cigüeñas y otros pájaros migratorios se alejan de nosotros en otoño, vuelan a tierras lejanas, tal vez demasiado lejanas, aunque luego retornen de nuevo en primavera a nuestro lado. Qué increíblemente grande es la Tierra…

—Mi pequeño Víctor, no digas esas cosas.

—Quisiera comentarte algo, Hanna.

—Dime, Víctor.

—Tengo mucho que agradecerte, Hanna, porque me has hecho una preciosa bolsa para guardar el dinero, con una tela muy fina y muy suave y de colores muy bonitos. La guardaré de recuerdo; no creo que pueda utilizarla para meter monedas en ella.

—Ay, Víctor, no tienes nada que agradecerme. Hace ya mucho tiempo que te regalé aquella bolsa. No deberías estar agradeciéndomelo a estas alturas. Mete todo el dinero que quieras en ella. Si se te estropea, te haré una nueva para que no la eches en falta. Además, te he hecho otra cosa que es mucho más bonita que la bolsa. Madre me dijo que te la diese hoy por la tarde o quizás mañana, antes de que te fueses.

—Querida Hanna, me hace mucha ilusión.

—Pero ¿se puede saber dónde te has metido toda la tarde, Víctor?

—Estaba tan aburrido que subí hasta el arroyo. Me dediqué a contemplar el agua, que corre rauda y sin parar un instante alrededor de nuestro pueblo. ¡Qué oscura y qué clara es a la vez y cómo avanza entre las piedras y sobre la arena sin detenerse! Y luego me he acercado al peñascal, que permanece allí,

imperturbable en el tiempo, y a cuyos pies pasa la corriente. Y, por último, me he internado en el bosque de las hayas, con esos troncos tan altos. Luego di un paseo por los alrededores. Madre me habló de un lugar donde hay una gran roca y un haya gigante que extiende sus ramas muy profundamente hacia un arroyuelo; he intentado encontrar ese lugar pero no lo he podido hallar.

—Ah, ya sé dónde es. Se trata del arroyuelo del hayedo en la colina; lo conozco muy bien. Si quieres, te lo mostraré mañana.

—Mañana ya no estaré, Hanna…

—Ay, es cierto, mañana ya no estarás. No puedo acostumbrarme a pensar que no estarás aquí eternamente.

—No; ciertamente no. Y ahora, querida Hanna, coloca bien esas prendas teñidas y déjame que te ayude a meterlas en casa.

—No sé qué te pasa hoy, Víctor. Este montoncito de ropa es tan ligero que hasta un niño pequeño podría llevarlo. No habrá más de diez trapos.

—No es cuestión de peso. Simplemente es que hoy me apetece ayudarte.

—Toma, pues entonces lleva una parte. Si quieres que entremos ya en casa, recogemos rápidamente todas las telas que todavía quedan colgadas, y nos iremos.

—No, no, no me apetece entrar todavía; aún no es demasiado tarde y me gustaría quedarme charlando un rato más en el jardín. Y lo de la bolsa no era de lo único de lo que quería hablarte.

—Entonces, dime, ¿de qué se trata?

—¿Recuerdas las cuatro palomas que he venido criando estos últimos meses? Ciertamente, no son nada bonitas, pero me da lástima no dejar a nadie que se ocupe de ellas.

—Las cuidaré por ti, Víctor; las cuidaré lo mejor que sepa. Abriré el palomar cada mañana y lo cerraré cada noche; echaré comida a las palomas, les pondré arena y hablaré con ellas de ti.

—Y otra cosa más: tengo que agradecerte la cantidad de ropa blanca que me has regalado.

—Por el amor de Dios, yo no te la he regalado, ha sido mi madre. Y además, ya tenemos suficiente ropa de sobra en los armarios.

—La pequeña cajita plateada, ya sabes, aquella que te gusta tanto y que parece una arqueta, con el trabajo de repujado y la pequeña llavecita, no la he empaquetado. Te la dejo de regalo para ti.

—No. Es demasiado bonita. No puedo aceptarla.

—Te lo ruego, Hanna, me darías una gran alegría si la aceptaras.

—Si es así, la cogeré y la guardaré hasta que vuelvas.

—Y cuida de los claveles, los pobrecillos, ¿me oyes? Y no te olvides de cuidar al perro, que ya es muy viejo pero es un animal muy fiel.

—No, Víctor; no lo olvidaré.

—Pero esto no es en realidad todo lo que tenía que comentarte. Hay otra cosa.

—Dímelo entonces, Víctor.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Por qué dices eso? Jamás en mi vida he estado enfadada contigo.

—Madre piensa que no estaba bien que riñéramos con tanta frecuencia. Y en verdad no lo estaba.

—No, no, Víctor. Tú eres el mejor ser humano que existe en este mundo; no puede haber uno mejor.

—Oh, claro que sí, Hanna. Tú eres mucho más buena que yo. Tú eras siempre la ofendida y la que se resignaba, lo sé.

—Víctor, no me asustes. Eso te lo parece solamente hoy.

—No, lo he sabido siempre: tú has sido demasiado buena conmigo, no lo he dudado nunca. Escúchame: es a ti, querida Hanna, a quien quiero abrirle mi corazón; soy indescriptiblemente infeliz.

—¡Santo Dios!, Víctor, mi querido Víctor, ¿qué te sucede?

—Mira, nuestra madre me ha dicho hoy que nunca más querría ver a un ser humano llorar de pena o de dolor, y el hecho es que yo llevo todo el día sintiendo unas ganas tremendas de llorar y tengo que contener mis lágrimas para que no me broten. Tienes que saber que cuando, recién acabada la comida me marché a contemplar la melancólica corriente del agua y el peñascal, no fue a causa del aburrimiento sino porque no podía reunir fuerzas para mirar al rostro de ningún ser humano en aquel momento. Pensaba para mis adentros: en realidad no tengo a nadie en el mundo, grande e inabarcable; ni un padre, ni una madre, ni una hermana. Mi tío me arrebata mis únicas pertenencias personales y tengo que abandonar a los únicos que realmente me proporcionan felicidad.

—¡Ay, Víctor, mi querido Víctor, no te atormentes tanto! Ciertamente tu padre y tu madre murieron, pero eso ocurrió hace ya tanto tiempo… Apenas llegaste a conocerlos. En cambio, has encontrado otra

madre que te quiere tanto como una madre verdadera y desde que eso ocurrió no has tenido que lamentarte por tu pérdida. Que tengamos que separarnos es triste, enormemente triste, pero no ofendas a Dios, Víctor, que nos ha sometido a esta prueba. Sopórtala y sobrellévala sin quejas ni lamentaciones; yo la sobrellevo también todos los días sin queja alguna. La tendría que haber soportado también si no hubieras decidido venir a verme para hablar.

—¡Oh, Hanna, Hanna, Hanna!

—Y cuando estés fuera, nos ocuparemos de enviarte lo que necesites. Cada día iré al jardín y miraré hacia las montañas, en dirección a donde estés.

—No, no hagas eso; sería muy doloroso para ti.

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

—Porque no sirve de nada. Además porque lo que más lamento no es que precisamente tengamos que separarnos.

—¿Y qué es entonces?

—Lamento que todo esté decidido ya, y que yo siga siendo el más solitario y desamparado ser de este mundo.

—Pero Víctor, Víctor…

—Solamente quiero decirte esto: desde hace unos días sé con absoluta certeza que nunca me casaré, pase lo que pase; no puede ser, sencillamente. Así pues, no tendré un hogar, no perteneceré a nadie, la gente me olvidará y eso será lo mejor para todos. ¿Lo entiendes? Nunca he sido totalmente consciente de ello, pero ahora de repente tengo una certeza: todo es inútil. ¿No lo ves tú así? ¿Por qué te quedas callada de repente, Hanna?

—¡Víctor!

—¿Qué, Hanna?

—¿De veras piensas eso?

—Lo pienso.

—¿Y entonces?

—Y entonces… entonces, todo es inútil y todo es en vano.

—¡Tienes que confiar, Víctor!

—Sí; eternamente, eternamente; pero es en vano.

—¿Por qué?

—Accedí a que el tío arrendase mi patrimonio. Por otro lado, su hija tiene bienes y yo soy pobre como las ratas; no podré mantener a una esposa durante mucho tiempo así que a buen seguro vendrá alguien que la pretenderá y que la podrá alimentar, y proporcionarle bellos vestidos y ofrecerle regalos, y será a ese a quien ella aceptará como marido.

—No, no, no, Víctor, te aseguro que ella no hará eso. Y además, ella te querrá tanto como a ningún otro.

—Y cuando yo regrese, Hanna, no reñiré ni me pelearé nunca más contigo y nos querremos infinitamente, eternamente.

—Eternamente —dijo ella rápidamente y, girándose ágilmente hacia él, le cogió apresuradamente ambas manos.

Ambos permanecieron así, callados, mientras las lágrimas brotaban amargamente de sus ojos.

Todavía sostenían en sus manos las prendas de seda que Hanna, al comienzo de la conversación, estaba recogiendo, pero ellos no prestaban atención a nada más, pues continuaban cogidos de las manos, llorando sin parar.

Fueron interrumpidos por el hijo del jardinero:

—Vuestra madre me manda que os diga que tenéis la cena preparada.

Inmediatamente se encaminaron ambos cogidos de la mano por los senderos del jardín hacia la casa. La madre observó que ambos tenían los ojos enrojecidos y se alegró de la reconciliación de sus hijos.

Una vez se sentaron a la mesa, la madre les sirvió lo que pensaba que les gustaría más. Así comieron los tres en silencio, tal como solían hacer cada mañana y cada noche. Hanna tenía unos grandes ojos marrones, que su madre solía admirar mientras estaban en la mesa.

Cuando hubieron terminado, los tres se dispusieron a subir a sus alcobas. Pero antes había que entregarle a Víctor en regalo prometido. Se trataba de una bonita cartera forrada, de un cuero muy claro en cuyo interior la madre había metido ya el dinero destinado al viaje.

—Mejor saco el dinero y guardo la cartera —dijo Víctor.

—No, Víctor —dijo Hanna—. Deja el dinero dentro; queda tan bonito ver los preciosos billetes impresos reposar sobre el cuero. Déjalos dentro y llévate la cartera contigo.

—Bueno, os haré caso. Pero tendré mucho cuidado de no perderla.

—No te preocupes. Entonces te haré otra.

La madre cerró el bolsillo en donde guardaba el dinero con la diminuta llavecita y fue a acostarse.

—Déjalo, déjalo para mañana y vete a tu alcoba —le dijo a Víctor cuando este se acercó para agradecerle el gesto—. A las cinco tendrías que estar ya en las montañas. Marchaos a dormir ya; y no os preocupéis. He pedido al sirviente que nos despierte por si me quedo dormida. ¡Buenas noches, hijos!

Y cada uno recibió un quinqué de luz antes de dirigirse a sus alcobas.

Víctor se sentía extraño entre las múltiples sombras que proyectaban los desordenados objetos que había alrededor de su cuarto. Colocó el quinqué sobre una de las cajas y miró por la ventana hacia el jardín, en el que se alzaba el gran sauce melancólico y más allá el pequeño reguero. Sumido en la negrura, el sauce se había convertido en una informe masa negra, y tampoco era visible el riachuelo. En su lugar, se apreciaba una franja de oscuridad. Un minúsculo reflejo indicaba que era por allí justamente por donde discurría el arroyo, y lo indicaba también el suave y silencioso murmurar y correr del agua que empezó a sentirse tenuemente en la habitación cuando cesaron finalmente las voces de la casa y los rumores del pueblo. Poco después, miles de millones de lucecitas poblaron el cielo. Por ningún lugar, sin embargo, se apreciaba el único e inconfundible gajo luminoso de la hoz de la luna.

Víctor se fue a acostar. Sería la última noche que pasaría en aquel lugar, en el que siempre había vivido. Cuando se despertara ya estaría amaneciendo.

Y enseguida llegaron las fatídicas luces. A Víctor le había parecido que acababa de cerrar los ojos cuando escuchó unos tenues golpes en la puerta, y la voz de su madre, a quien no había tenido que despertar ningún sirviente.

—Son las cuatro, Víctor, vístete. Y no te olvides nada. ¿Lo oyes bien?

—Lo oigo, madre.

Víctor se levantó de un salto. Se vistió con la doble congoja de la pena y de la expectativa del viaje y bajó a la cocina. En la grisácea mañana había un desayuno puesto en la mesa. Pensó que nunca nadie había desayunado tan temprano. Mientras daban cuenta en silencio de los alimentos, Hanna y su madre observaron al joven como ausente. Víctor colocó el cuchillo a un lado del plato y luego lo colocó al otro, cogió algo, y lo volvió a dejar en la mesa. Luego se levantó y abrochó bien los cierres de su mochila. Agarró el sombrero y palpó en la mochila para ver si llevaba la cartera, y luego continuó palpando todavía un rato como si estuviera buscando algo más.

—Madre, te agradezco… —dijo por fin, pero no pudo emitir palabra alguna.

La anciana mujer se dirigió hacia el agua bendita que había junto a la puerta, roció al muchacho con un par de gotas, le hizo la señal de la cruz en la frente, en la boca y en el pecho y le dijo:

—Sé valiente, hijo mío, como lo has sido siempre, y sobre todo conserva ese corazón tan bueno y tan tierno que siempre has tenido. Dios bendecirá todo lo que emprendas. Escribe con frecuencia y no calles cuando necesites algo. Tienes un corazón muy bueno, Víctor, mi querido Víctor. ¡Vete ya con Dios!

Y tras pronunciar estas palabras, se deshizo en lágrimas. Sus labios comenzaron a temblar.

Después de unos instantes, pudo, seguir hablando:

—No estés triste, no dejes que la pena te embargue. ¿Qué tiene de malo emigrar? Si no supiera que iba a echar de menos las montañas, y el manzano, y el pequeño riachuelo que corre delante de nuestra casa, me marcharía contigo rumbo a lo desconocido sin dudarlo. Has de saber que hay miles de personas buenas que te querrán. Sé cauto con el dinero y atiende a las recomendaciones que te dio ayer el tutor. Las maletas y las cajas llegarán sin tardanza a donde te instales. Procura no coger una insolación, y no bebas cosas demasiado frías. Bueno, bueno, Víctor… Vete ahora, y no nos olvides…

Víctor, mudo de emoción y con los labios temblorosos, estrechó la mano de Hanna, cuyo rostro estaba anegado en lágrimas, y salió afuera. En el jardín le aguardaban los sirvientes y criados, y también el jardinero. En silencio fue dando la mano a todos ellos, tras lo cual descendió por el estrecho sendero y salió por la portezuela.

—¡Qué guapo está! —exclamó llorando la madre. Todos la miraban—. ¡Fijaos en sus cabellos castaños! ¡Y esa forma de caminar tan firme que tiene; y esa estupenda juventud suya! ¡Ay, Dios mío!

Y las lágrimas se le deslizaban entre los dedos, mientras sostenía ambas manos delante de los ojos. Luego la gente se dispersó silenciosamente y cada uno se encaminó a su trabajo.

—Madre, ¿lloras también de pena? —dijo Hanna, después de un rato, cuando ya la gente se había marchado y hacía rato que no se divisaba a Víctor.

—No, mi niña, lloro de alegría —respondió la madre, al tiempo que esbozaba una sonrisa. Mientras decía esto, miraba hacia el horizonte en dirección a donde había desaparecido Víctor—. No lo entiendes,

hija mía, de verdad son lágrimas de dicha.

—¡Ay, pues las mías no…! —dijo Hanna, apretando fuertemente el pañuelo para enjugar sus lágrimas.

Entretanto Víctor había hecho ya todo el camino que pasaba por delante del gran sauce, y había atravesado los puentes hasta llegar a un bello bosque de árboles frutales. Le acogieron después las empinadas praderas y campos y, cuando llegó a lo más alto de la colina, percibió, entre los débiles e ininteligibles sonidos del pueblo, el desesperado ladrido de su perro, al que, antes de salir de casa, hubo que atrapar y atar para que no se marchase con él. Le brotaron entonces las lágrimas que había reprimido y gritó desconsoladamente al viento: «¡Dónde voy a encontrar una madre y una hermana que me quieran tanto! Ayer mismo me apresuraba a abandonar la ciudad para pasar todavía algunas horas con ellas, en este valle, y hoy me marcho de su lado para comenzar una nueva vida».

Al fin, cuando ya casi había alcanzado la cima de la montaña, se volvió por última vez a mirar los parajes en los que había crecido. Todavía podía divisarse desde allí su casa, el jardín y también los pequeños senderos que lo surcaban. Entre el verdor, le pareció ver algo de un rojo semejante al pañuelo de Hanna, pero se dio cuenta de que no era más que el tejadillo de una chimenea.

Y así continuó, subiendo el tramo que le quedaba para alcanzar la cima, mientras la reluciente luz acariciaba el valle, y poco después de alcanzar la cumbre todo desapareció tras él y un nuevo valle y una nueva luz se presentaron ante sus ojos. El sol entretanto había ascendido en el cielo, secando las praderas y también las lágrimas del joven, y esparciendo sus rayos sobre los campos. Víctor caminó ahora paralelamente a las cimas de las montañas. Cuando consultó el reloj, pasado un rato, vio que eran ya las siete y media.

«A estas horas mi cama estará ya vacía y habrán retirado hasta el último de mis más pertrechos, y también las sábanas y quedará tan solo el inhóspito armazón de madera», se dijo para sí y continuó caminando.

Y de ese modo, subiendo cada vez más alto, fue poniendo tierra de por medio entre él y su casa. Y el tiempo transcurrió entre sus pensamientos y las últimas palabras que había pronunciado para sí.

Su camino le conducía directamente hasta las elevadas cumbres de las montañas, por parajes que nunca antes había pisado. Tan pronto el sendero era ascendente como que descendía, pero en conjunto cada vez iba subiendo más y más. Le agradaba no haber tenido que pasar por la ciudad para despedirse, como tenía proyectado. No le apetecía ver a nadie. De cuando en cuando se iba topando con granjas y casas de labranza que flanqueaban el camino, pero a él eso le daba igual. De vez en cuando se cruzaba con algún labriego, o con otros viajeros como él, pero Víctor no les prestaba atención alguna.

El mediodía se echó encima y él continuaba caminando sin parar.

A Víctor el mundo le parecía cada vez más grande, más luminoso y más extenso, y sintió que alrededor suyo se agitaban miles y miles de seres gozosos.

# Dos

Y a Víctor el mundo se le aparecía cada vez más grande, más luminoso y más extenso, y alrededor suyo se agitaban miles de seres gozosos; y caminó de montaña en montaña, de valle en valle, llevando el pueril dolor en el corazón y los vivos ojos asustados en la cara. Cuanto más se alejaba de su hogar, se iba haciendo más hombre. El inconmensurable vacío del aire le mecía los rizos castaños; las blancas y relucientes nubes inmaculadas se agolpaban sobre él, como en su casa sobre el valle; las bellas mejillas enseguida se oscurecieron, y él, mientras, caminaba con su mochila sobre los hombros y empuñando firmemente su bastón. El único ser viviente que le unía todavía a su hogar y su pasado era su viejo perro que, sorprendentemente, había logrado escapar y ahora correteaba junto a él moviendo escuálido el rabo. Ocurrió que, al tercer día de su partida, no acabaría casi ni de amanecer, Víctor caminaba por un sendero, ancho y húmedo, que se internaba a través de un bosque. De vez en cuando Víctor se daba media vuelta y se recreaba en los fulgores que despedían los humedecidos abetos. Entonces percibió algo que se movía hacia él con rapidez. Sintió un miedo súbito. De pronto vio que una figura negra saltaba contra él, y se asustó. Entonces comprobó aliviado que no era más que el viejo y fiel chucho que tenía su madre adoptiva. ¡Pero en qué estado lamentable se encontraba! El pelaje del animal, antaño hermosísimo, estaba ahora cubierto por entero de barro y de polvo. Cuando el perro quiso emitir un ladrido de alegría, la voz se le quebró, enronquecida. Los ojos le miraban suplicantes, rojos por las noches en vela y vencidos por el sueño. Cuando intentó dar un salto de alegría, cayó con las patas traseras en un charco.

—Pobre animal —dijo Víctor, al tiempo que se inclinaba para acariciarle—. ¿Lo ves, viejo perro estúpido, lo que has conseguido viniendo?

Pero el perro movía la cola como si hubiese recibido el mayor de los elogios.

Lo primero que hizo el muchacho fue limpiarle un poco con un paño para que el chucho tuviese un aspecto más decente. Después sacó un par de mendrugos de pan que había traído consigo por si encontraba acaso un mendigo por el camino, se sentó sobre una piedra y empezó a arrojárselos a trozos. El perro los devoró deprisa y con un hambre feroz. Una vez acabó, siguió mirando un rato las manos del muchacho, aun cuando ya hacía rato que estaban vacías.

—Ya no tengo más —dijo Víctor—, pero cuando lleguemos a la primera casa de labranza, compraremos un poco de leche y será toda para ti.

Unos pasos más adelante había una roca musgosa de la que brotaba un delgado chorrito de agua. Víctor cogió con el pequeño cacito de cuero que su madre le había dado para el viaje y lo llenó de agua. Entonces se lo tendió al perro para que bebiera, pero este solamente probó un poco, y luego se sentó mirando despreocupado a su dueño. Era antes cuando hubiera querido haber bebido de todos los cientos de charcos y riachuelos que había atravesado.

Una vez repuesto el animal, ambos siguieron su camino y cuando llegaron a la primera posada Víctor escribió una carta a su madre, explicándole que el perro estaba con él y que no se preocupase.

En lo que se refería a la leche, Víctor mantuvo fielmente su palabra. El perro recibió más leche de la que pudo beber. Consumió en un día lo que en casa tardaba tres en beberse. Y así se derrumbó de tal modo por el efecto de la fatiga —sabe Dios qué terrible debía de ser—, que el resto del día se lo pasó caminando a los pies del muchacho, apoyando su cabeza en sus piernas de cuando en cuando.

Enseguida se mejorará, pensó Víctor. Y de ese modo retomaron su trayecto.

Nuestro amigo, empero, seguía sin comprender por qué había escogido precisamente ese día el perro para seguirle. Hasta entonces, aun cuando él se marchase a caminar durante todo el día, se había quedado en casa después de una sencilla orden y le había esperado; pero luego dedujo que no estaría equivocado al pensar que la tarea del perro no era otra que estudiar las idas y venidas del muchacho, su mejor amigo, y que el animal había comprendido que en esta ocasión se iba para siempre y, por ello, no le había quedado

más remedio que seguirle.

Y así siguieron caminando el uno junto al otro, de colina en colina y de campo en campo, y con frecuencia se podía ver al joven lavar a su perro en cualquier arroyo y secarle con hierbas y hojarasca, y también podía verse al perro contemplando desde el suelo a su joven amo cuando este se paraba a descansar en un montículo del camino, o mirando a lo largo y ancho de las dehesas y de los prados, hacia los surcos de los campos y las oscuras manchas de los bosquecillos, o hacia las blancas torres de las iglesias de los pueblos. Aquí y allá se mecían las ondas de los campos de cereales, rodeados de cercas por sus dueños, quienquiera que estos fuesen, para evitar que nadie entrase en ellos. Y, mientras, las aves surcaban el cielo sobre sus cabezas, en dirección a los lugares más diversos. Desde hacía días Víctor no había cruzado palabra con ningún ser humano; si acaso solo cuando un guía o un excursionista le preguntaban adónde conducía este o aquel camino, o cuando un posadero le sacudía la cazadora y, mientras le ayudaba a ponérsela, le deseaba que tuviera buen viaje.

Al octavo día de haber dejado a su madre y a su casa en el valle, llegó a un tranquilo paraje situado sobre suaves colinas y que mostraba también, como ocurría en el lugar donde creció, el reverso de un bosque de árboles frutales, salpicado de casitas. Aquí no había ni un palmo de terreno que no hubiese sido utilizado para algún fin, o en el que no creciese algo. En los prados circundantes podía contemplarse la plateada visión de una corriente de agua. La azulada silueta de las montañas, que él llevaba ya un rato viendo, se extendía en círculo alrededor de las calles del pueblo, dejando ver las pálidas luces y las hendiduras de sus paredes.

—¿Cuánto me falta todavía para llegar a Atmanning? —preguntó a un hombre que se hallaba sentado en el patio de una hospedería, bebiendo vino de frutas.

—Si camináis hoy todavía un buen trecho, podréis llegar mañana si Dios quiere —respondió el hombre —. Pero tenéis que tomar aquel camino y luego seguir en dirección a las montañas.

—Realmente voy a Hul, no propiamente a Attmaning.

—Entonces tenéis mal arreglo; a menos que no os importe caminar por una zona de guijarros, a la derecha del lago y así llegaréis a una alegre herrería de forja. Desde allí el camino mejora bastante.

—Pero yo quiero ir a Hul.

—Entonces desde Attmaning tenéis todavía alrededor de tres horas de camino.

Víctor se sentó entonces a descansar junto a aquel hombre, con el perro echado a su lado.

Después de que hubieron charlado un rato, se volvió a levantar y, siguiendo las instrucciones dadas, caminó un buen trecho. Así llegó a los alrededores de Attmaning, por donde corría un riachuelo de límpido color azul.

Al día siguiente, en cuanto amaneció, se internó por el sendero, y luego se desvió por la carretera que subía hacia la montaña. Los enormes y altos montes se divisaban cada vez más cerca sobre su cabeza, mostrando una multiplicidad de bellas y amables formas, y gran variedad de dibujos. De vez en cuando se topaba con torrentes y pequeñas cascadas de agua, y con campesinos que iban de camino. Tras un recodo del camino se tropezó con un hombre de sombrero puntiagudo que lucía una extraña barba de chivo. Antes de que dieran las doce, Víctor se hallaba ya sentado en la posada de Attmaning, que estaba situada junto a la carretera, y dirigía su mirada hacia de las montañas, donde todo relucía en colores azulados y un estrecho reguero de agua brillaba como el fulgor de una guadaña.

Attmaning era el punto más elevado de aquel paraje de colinas rodeado de árboles de verdes hojas. Sus cercanas montañas y la afilada torre de su iglesia, así como el soleado paisaje, lo convertían en el lugar más encantador que pudiera hallarse en la Tierra.

Víctor permaneció en el porche de la posada hasta las cuatro, recreándose en la contemplación de las altas cimas con sus bellos tonos azules y sus cambiantes y vaporosas luces. En su vida había contemplado una cosa parecida. Se preguntó cuál sería la montaña más alta y poderosa del valle que tenía ante sí.

Cuando el reloj dio las cuatro y hacía ya un rato que las sombras azul oscuro habían cubierto en su totalidad las montañas, ocultando los increíbles relieves del paisaje, Víctor se atrevió a preguntar cómo podría llegar a Hul.

—Hul está allá arriba, junto al lago —contestó el mesonero, al mismo tiempo que señalaba hacia el paisaje montañoso que Víctor durante tanto rato había contemplado por la tarde—. ¿Pretendéis subir hoy mismo?

—Sí —dijo Víctor—. Me gustaría aprovechar el frescor del atardecer.

—Entonces no podéis entreteneros. Y si no tenéis quien os acompañe, le pediré a mi chico que os guíe a través del bosque.

Víctor no creía necesitar a nadie que lo guiase. El camino de la montaña parecía bastante fácil y

accesible, pero lo dejó estar y preparó entretanto sus pertrechos.

Por una parte, le pareció extraño que las gentes, cuando hablaban de Hul, señalasen siempre hacia arriba; las montañas le parecían menos elevadas de lo que los comentarios de los lugareños parecían indicar, y más suaves, de modo que, mirando hacia Hul, le parecía contemplar la superficie del lago a sus pies, a pesar de que, por otra parte, un reguero de agua bajaba desde allí corriendo saltarina y espumosa hacia donde ellos estaban.

—¡Rudi! —gritó el hombre en dirección al interior de la posada—. ¡Sal de ahí y conduce a este señor a lo alto del collado! Una vez estéis allí, indícale cómo ir a Hul.

Enseguida apareció un muchacho de rubios cabellos y sonrosado rostro, con grandes y alegres ojos azules, y dijo:

—¡Vamos, señor!

Víctor, para entonces, ya había pagado su almuerzo y estaba dispuesto para partir. Nada más atravesar el callejón de la posada, dejaron la calle que conducía directamente hacia el amplio valle montañoso y el chico le condujo hacia un sendero pedregoso entre gruesos y altísimos troncos de encinas y arces. Muy pronto el camino comenzó a ascender, hasta que estuvieron tan alto que podían contemplar las copas de los árboles a sus pies, cada vez más lejos y tanto más oscuras a sus espaldas conforme el sol se iba poniendo e iluminando con mayor fulgor y resplandor el verde follaje. Finalmente el bosque se volvió demasiado espeso, hasta el punto de que ya no podían verse siquiera los troncos de los árboles. Caminaron entonces por un hirsuto y opaco pinar, que solamente se veía interrumpido a ratos por taludes repletos de piedras. Víctor se extrañó, pues no había podido divisarlos cuando miraba a las faldas de la montaña desde Attmaning. Esperaba el momento de comenzar a ascender de verdad, pero el camino discurría a lo largo de la colina paralelamente a su cima, sin superarla nunca, como si el bosque fuese interminable y el lago avanzase siempre delante de ellos. El chico, que sorprendentemente iba sin zapatos, le contó a Víctor toda clase de historias sobre la zona, mientras lo guiaba por los agudos salientes de piedra.

Por fin, tras una buena hora y media de caminata, se detuvo y dijo:

—Ahí está el cerro; si toma ese camino que baja, y va hacia la figura del cansado arriero que hay allí representada, y luego dobla por el recodo del lago que está repleto de piedras, pues bien, desde allí divisará unas cuantas casitas. Eso es Hul. Vaya mirando siempre a través de las ramas de los árboles, no pierda la visión del agua. Hay cerca otro camino que podría confundirle.

Dicho esto, y tras recibir una propina de Víctor, el muchacho regresó rápidamente por el mismo camino por el que habían venido. No obstante, aquel sitio al que habían llegado y que el muchacho trataba con semejante despreocupación, era para Víctor un lugar excepcional. Cuando la gente de la montaña se refiere a un collado, suele hablar de una pequeña cresta de una montaña que se extiende entre otras más elevadas, uniéndolas; y puesto que habitualmente esta cresta separa también dos valles, no es raro que suceda que cuando se asciende lentamente por una de las laderas, uno de repente se encuentre sin esperarlo con la sorprendente vista panorámica de la otra. Así sucedía en este caso: el bosque se había desvanecido de repente, y ahora el lago estaba a los pies del joven Víctor, y todas las montañas, que ya había divisado desde el llano y más tarde desde Attmaning, se hallaban ahora alrededor suyo, tan silenciosas, nítidas y cercanas, que creía poder tocarlas. Desde aquí, no obstante, las laderas no eran grises sino que sus quebradas hendiduras parecían cubiertas de un azul vaporoso, con los árboles recortados frente a ellas como pequeñas astillas de madera que en ocasiones se ocultaban entre la bruma o no eran visibles en absoluto, perfilándose completamente su borde sobre el azul del cielo. Y en torno a todas ellas y bordeándolas, se hallaba el lago, una imagen plana, suave e inamovible, oculta por igual tras todas las altas cumbres de las montañas en la lejanía, de modo que el ojo apenas podía divisar su delicada imagen vaporosa a través del verde oscuro de las agujas de los pinares.

Víctor, en su trayecto, no vio ni una casita, ni un ser humano, ni un solo animal. El lago que desde Attmaning había divisado como una blanca línea, aparecía aquí lejano y oscuro; ni un solo reflejo de luz se veía sobre su superficie. Solo se apreciaba el tono neblinoso que cubría las paredes que rodeaban su orilla, en la que yacían objetos que él desconocía y que incidentalmente se reflejaban en sus aguas tranquilas.

Durante un rato Víctor se quedó quieto y observó aquellos objetos. Era tal la calma reinante, que se podía percibir incluso el olor de la resina, aunque el viento, tan habitual en los pinares, no soplaba. Nada se movía, a no ser la tardía luz que suavemente se iba extendiendo ladera abajo y los tenues matices de las sombras cambiantes de la tarde.

Casi con recelo siguió el camino descendente que le había indicado el muchacho. Las montañas se sumergían paulatinamente en el bosque, los árboles volvían a acogerle. A su izquierda podía ir contemplando —tal como el muchacho le había anunciado— el agua entre las ramas más bajas. Al igual

que a la subida había creído que la montaña no tendría fin, así caminó cuesta abajo sin parar y con parsimonia. El lago, a su izquierda, le contemplaba tentador como si lo incitara a que sumergiera su mano en él, pero nunca dejara que alcanzase su superficie.

Finalmente dejó atrás el último de los árboles y se encontró en el lugar donde el lago se retiraba y el agua se lanzaba valle abajo a través de un arrecife perpendicular a la ladera, que mostraba un borde de apenas un palmo de ancho que habría resultado perfecto para trazar un camino para excursionistas. Víctor creía hallarse a cien millas de distancia por lo menos de Attmaning, tanta era la soledad en que se encontraba. En aquel lugar no había nada; solo él y el agua, que se derramaba rugiendo en dirección a Attmaning.

A su espalda se hallaba el verde y silencioso bosque y, delante, la cambiante llanura, cercada por un bosque azulado que parecía prolongarse profundamente en la humedad. La única obra debida a la mano del hombre era el sendero trazado sobre el terreno y los pasos de metal alzados sobre la superficie del lago, por los que habría de caminar. Avanzó lentamente por el sendero y el perro, mudo y tembloroso, fue tras él. Más allá, junto a unas rocas, había una zona de césped. Pronto pudo reconocer el lugar del que le hablara el muchacho: pudo ver una cantidad considerable de piedras caídas en desorden alrededor de la orilla y sumergiéndose en el lago. Víctor dedujo que probablemente ello era debido a que se había producido algún tipo de desprendimiento en la montaña. Giró entonces por un agudo recodo de la montaña e inmediatamente se encontró a las puertas de Hul; no eran más que cinco o seis grises chozas que se encontraban a cierta distancia de las orillas del lago, rodeadas de árboles. También el lago, que había permanecido oculto a su vista por las últimas estribaciones de la montaña, se prolongaba aquí, abismado por todas las cumbres y vertientes que él había divisado antes desde el collado. Para Víctor aquel era un mundo extraño y completamente nuevo al que tendría que habituarse.

Al llegar hasta donde estaban las casas, pudo comprobar que de cada una de ellas partía un puente levadizo de madera que corría hasta el lago. Bajo algunos de los puentes había botes atados. No vio ninguna iglesia, pero observó que una de las cabañas tenía una pequeña torre con cuatro columnas de madera pintadas de rojo de la que colgaba una campana.

A la puerta de una de las chozas había un anciano sentado.

—¿No hay por aquí un lugar que llaman el Eremitorio? —le preguntó Víctor.

—Sí —respondió el anciano—. Está en la ermita de la isla.

—¿Y sabe usted quién podría llevarme hasta allí?

—Cualquiera en Hul le podría llevar.

—¿Así que usted también podría hacerlo?

—¿Por qué no? ¿Tiene acaso algo que hacer en el Eremitorio?

—He sido citado allí. Debo ver a alguien.

—Eso es otra cosa. ¿Viajará enseguida de vuelta?

—No.

—Entonces aguarde un rato aquí.

Después de decir estas palabras, el anciano entró en la cabaña, y al punto salió en compañía de una joven y robusta muchacha de coloradas mejillas. Ésta, con sus fuertes brazos, empujó uno de los botes hasta el agua, mientras el viejo se ponía una cazadora y traía un par de remos. Se preparó un asiento de madera con respaldo de cuero para Víctor en medio de la barca, y allá que se instaló él, con la mochila a mano por lo que pudiese necesitar. El perro se encaramó a su regazo y colocó su cabeza encima de la mochila a modo de almohada. El anciano tomó asiento en la proa de la barca y agarró un remo, mientras que la muchacha se sentó en la popa de la embarcación con el otro remo en la mano. Y cuando ambos, al tiempo, dieron el primer golpe de remo, la barca brincó y se deslizó en la suave superficie del lago. Y conforme iban remando más y más, la barca ganaba velocidad sobre la oscura superficie murmurante. Víctor jamás había navegado a través de una extensión tan grande de agua.

Conforme el pueblo se fue alejando empezaron a desfilar las paredes rocosas que bordeaban el lago. Vieron cómo se alzaba ante ellos una especie de lengua boscosa. Finalmente, el panorama se abrió y Víctor se dio cuenta de que en realidad se trataba de una isla. La barca se encaminó directamente hacia ella. Cuanto más se iban aproximando, con mayor nitidez distinguía sus detalles y más amplio le parecía el espacio que les separaba de las márgenes del lago. Árboles gigantescos se iban sucediendo y haciéndose visibles: en un principio, como si se elevasen desde las mismísimas profundidades del lago; después, sin embargo, como creciendo de la orilla rocosa que verticalmente hundía sus afiladas rocas en la corriente del agua. Tras el verde de su follaje se alzaba suavemente la cumbre de una montaña que se iba enrojeciendo delicadamente a causa del sol del atardecer y que se escondía cada vez más profundamente en el verde

oscuro de las frondas, a la vez que prolongaba estas frondas longitudinalmente conforme se iban acercando más y más a la isla.

—Este peñascal que ve usted nace de la misma orilla del lago —dijo el anciano—. Forma una montaña bellísima, que, por otra parte, no es difícil de atravesar. Hay un sendero en ella que se dirige hacia Attmaning y que termina en un brazo de tierra en donde se encuentran las fraguas.

Habían llegado a una zona umbría, formada por las masas de follaje de la isla, que se extendía todo a lo largo de la isla cayendo casi a plomo sobre el agua. De repente les llegó desde Hul el rumor de la pequeña campana de la torre, que llamaba a la oración nocturna. Los dos remeros soltaron los remos y comenzaron a pronunciar en voz baja sus rezos nocturnos. La barca, mientras tanto, avanzaba por sí sola a lo largo de las grises rocas que delimitaban la isla. En las faldas de la montaña, aquí y allá, se divisaban misteriosas luces. La superficie del lago formaba extrañas y curiosas franjas; algunas de ellas brillaban; de otras parecían salir chispas. Y de fondo, llegaba a sus oídos el incesante y solícito sonido de la pequeña campana, misteriosamente tocada por invisibles manos. Hul ya no podía divisarse siquiera. Y la margen derecha del lago no mostraba, ni aún en la lejanía, la más pequeña señal que indicase la presencia de existencia humana alguna.

—En el monasterio necesariamente tiene que haber otra campana. Creo que es una bella campana del Ave María —dijo el anciano agarrando de nuevo el remo y poniéndose de nuevo la gorra que se había quitado para rezar—. Pero no se toca nunca. Yo, al menos, no he escuchado jamás que lo hicieran. Ni tampoco que den las horas con ella. Mi abuelo decía que era muy bello cuando se oía su sonido por todo el lago. Pero claro, por entonces estaban todavía los monjes, así que cuando se escuchaban las campanas tocando solemnemente a través de la niebla, ya sabías de donde venía el sonido. Porque, como habrá comprobado, para ver la isla hay que rodear la montaña entera. Por eso no se puede ver desde Hul. Esta montaña tan alta es el Orla. Cuentan que dos monjes ascendieron una vez por ella con muchos centímetros de nieve, puesto que el lago se había helado y necesitaban alimentos. Practicaron una vía en el agua, cortando los trozos de hielo para que la barca pudiese navegar y subieron luego hasta la cima, pasando por Hul; porque tiene que saber que entre el Orla y el lago no existe ningún sendero para ir a pie. Desde aquello han transcurrido tranquilamente de cien años y ya ve, el lago no se ha vuelto a helar. Sí, fue en tiempos muy lejanos cuando vinieron aquí los monjes. Por entonces en el lago no había una sola casa ni ningún ser vivo se miraba en su superficie, salvo el ciervo cuando quería beber.

»Los monjes arribaron a la isla sobre troncos de abetos y lo primero que hicieron fue construirse una ermita. Poco después, edificaron el monasterio, y, en años posteriores, fundaron Hul. La gente vivía de la pesca y para oír misa, iban a la ermita. Por entonces los señores feudales estaban fuera, en las Cruzadas, y los campesinos mataban a los que volvían de Escocia con la cruz para convertirlos. No obstante, estaban protegidos en la isla, porque, como podéis comprobar, es tan inaccesible como una fortaleza.

»Solamente se puede tomar tierra en un lugar donde las piedras dejan una abertura hasta una rada con buena arena. De otro modo, no hay más que una pura pared de roca. Además, en cuanto se levanta el más mínimo viento, la espuma que se crea hace zozobrar a las mejores embarcaciones. Aquí no se pesca desde hace años y eso que a la gente antaño tampoco le agradaba hacerlo.

En el transcurso de esta charla habían navegado un trecho considerable por la orilla de la isla y se habían aproximado a un sitio donde las rocas eran más bajas, introduciéndose en una plácida y arenosa cala que llevaba a un paisaje recubierto de bosque. En cuanto los remos alcanzaron este lugar, sus ocupantes dirigieron inmediatamente la punta de la barca a la pequeña playa y la dejaron descansar sobre la arena. El anciano desembarcó y empujó el bote con la cadena de la proa un poco más a tierra para que Víctor pudiese poner pie en tierra seca.

—Si sigue este sendero —dijo el anciano— llegará al Eremitorio. Dios le guarde. Y si decide no quedarse mucho tiempo en la isla y no dispone de ninguna embarcación para regresar, no tiene más que avisarme a través del viejo Christoph y yo le recogeré en este mismo lugar a la hora que usted quiera.

Entretanto Víctor había sacado el dinero preciso para remunerar la travesía de su pequeña bolsa y se lo había entregado al hombre.

—Que le vaya a usted muy bien igualmente, querido amigo —dijo—. Y si usted lo permite, me acercaré a la vuelta a su casa a charlar un rato y así podrá usted contarme tal vez alguna de esas viejas historias que usted tan bien conoce.

A la chica, que había permanecido inmóvil en la parte trasera de la barca, no se atrevió a decirle nada, pero la miró con semblante jovial.

—¡Ay! —dijo el viejo—, ¿cómo podrían interesarle mis historias a un hombre tan joven y culto como usted?

—Quizás más de lo que pudiera usted pensar; en ellas hay cosas que no se pueden leer en los libros —dijo Víctor.

El viejo sonrió porque la respuesta evidentemente le había agradado, pero no dijo nada sino que se inclinó, enrolló la corta cadena en la popa del bote y se preparó para partir.

—¡Dios le proteja, jovencito! —dijo después de unos instantes. Dio un empujón a la barca, saltó sobre ella y la embarcación se balanceó en el agua. Después de unos segundos Víctor vio cómo ambos remos se elevaban y caían al unísono, mientras la proa navegaba lentamente por la calma superficie del lago.

Se encaramó entonces hasta alcanzar el borde superior de la orilla, donde se podía tener una visión más amplia del lago. Allí contempló cómo los viajeros se alejaban. Entonces dijo a su fiel acompañante perruno, como si este fuera racional y pudiese entender sus palabras:

—Gracias a Dios que hemos llegado a nuestro destino. El anciano ha sido muy amable y nos ha traído con mucha pericia; ya veremos cómo se presenta lo demás.

Dirigió una última mirada hacia la amplia y bella superficie del lago, oscurecida ya por el anochecer. Entonces dio media vuelta y caminó por el sendero que se abría ante él perdiéndose en la floresta. El camino había sido evidentemente en otro tiempo una carretera transitable, pero por entonces era ya un camino casi impracticable y completamente invadido por los matorrales. Subió un pequeño trecho de monte sorteando arbustos y altos árboles frondosos para descender luego por un camino donde la maleza iba desapareciendo gradualmente y solo se veían arces increíblemente robustos en una oscura pradera, plantados con un cierto orden. Víctor atravesó este curioso jardín y llegó a una zona de monte bajo y a continuación a un extraño paraje donde grupos de cascadas brotaban de las rocas. De cuando en cuando, plantados en medio de la pradera, encontró algunos enanitos de piedra. Al final de esta, una escalinata de piedra conducía hacia un gran sepulcro, a partir del cual el camino continuaba un trecho. Después había que subir otra escalera similar que conducía a la pared lateral del panteón y desembocaba en una puerta de rejas situada en un grueso muro de pared sin ventanas.

La puerta estaba cerrada. Mirando por las rejas, a unos pasos divisó Víctor la entrada de una casa enmarcada por una arboleda y precedida por una escalera cubierta que daba a un espacio llano en donde había plantados árboles frutales y flores. Más allá de este lugar, Víctor calculó que tendría que estar el lago, puesto que a través de las barras de hierro de la puerta se adivinaba la fina bruma que solía acumularse sobre el agua cerca de las montañas. Además, tras la casa se distinguía el resplandeciente color violeta de las paredes del peñascal.

Sobre la puerta de rejas no había ninguna campanilla ni aldaba con la que llamar. Sin embargo, pronto descubrió, entre los matorrales, el arrugado rostro de un anciano. El hombre, que parecía provenir de la arboleda, asomó la cabeza para ver mejor a Víctor.

—¿Tendría la amabilidad —dijo el joven— de abrirme la puerta para conducirme hasta el dueño de la casa, si es que este lugar es realmente la ermita?

El hombre no dijo nada, sino que se limitó a estirar un poco más el cuello. Observó a Víctor unos segundos y entonces preguntó:

—¿Ha venido a pie?

—Hasta Hul, efectivamente, he venido a pie —respondió Víctor.

—¿Es cierto eso?

Víctor se sonrojó, porque jamás en su vida había mentido.

—Si no fuese verdad, no se lo habría dicho. Si es usted mi tío, como así parece, aquí traigo una carta de mi tutor que os comunicará quién soy yo y la razón que me ha traído aquí, que es básicamente porque usted lo ha requerido.

Después de decir estas palabras, extrajo un papel escrito, que se había conservado limpio en su bolsillo interior, y se lo alargó a través de las rejas de hierro de la puerta.

El viejo cogió el documento y se lo guardó sin leerlo. Entonces dijo:

—Pues tu tutor es un necio y un ser humano de pocas luces. ¿A mí qué me importa? Yo lo sé ya todo. Tú no eres muy distinto a tu padre. Tenía tu edad cuando empezó a hacer el estúpido. Ya he visto cómo venías por el lago.

Víctor, que en su vida había oído palabras semejantes, se quedó mudo. Esperaba tan solo que el otro le abriese finalmente la cancela.

Sin embargo, el anciano dijo:

—Coge una piedra, átala con una cuerda y ahoga a este perro en el lago; después ven aquí y entonces te abriré la cancela.

—¿A quién tengo que ahogar? —preguntó Víctor sin dar crédito a lo que oía.

—A quién va a ser: a ese perro que has traído.

—Y si no lo hago, ¿no me abrirá usted?

—No, entonces no te abriré.

—Ven —le dijo Víctor a su perro. Se dio media vuelta y corrió lo más rápido que pudo escaleras arriba, a través del sepulcro, sobre la pradera de los enanitos de piedra, y luego a través de los arces y la arboleda hasta llegar a la cala del lago. Entonces se encaramó a una piedra y empezó a llamar a voz en grito—: ¡Barquero! ¡Viejo barquero!

Pero ya era imposible que este pudiera oírle. Estaba muy lejos ya. Ni aunque hubiera disparado un cañón podría haberse hecho a oír a esa distancia. Del tamaño de una mosca negra era ya la barquichuela recortada contra el oscuro límite de la montaña del Orla, que sobresalía a lo lejos en el resplandor del anochecer del lago. Víctor sacó su pañuelo, lo ató a su bastón e hizo toda clase de movimientos en el aire intentando ser visto; pero fue en vano. Finalmente, la negra mosca acabó desapareciendo tras un recodo de la montaña. El lago estaba vacío. Víctor distinguía tan solo el silencioso y espumoso embate de las olas rompiendo a lo largo de las rocas de la isla.

—No pasa nada, no pasa nada —se decía él—. Ven, querido perrito, nos sentaremos en la orilla bajo los matorrales a esperar a que amanezca. Mañana seguro que divisaremos una barca. La haremos señas y podremos marcharnos de aquí.

Hizo como había dicho. Buscó un sitio donde la hierba estuviese seca y fuese baja y donde los arbustos creciesen espesos pero sin privarle de la visión del lago.

—¿Ves cómo no me equivocaba cuando cada mañana cogía alguna cosa por si nos daba el hambre? —dijo.

Después de decir estas palabras, sacó dos panecillos, que había cogido aquella misma mañana en la posada de Attmaning y empezó a comérselos, compartiéndolos con su perro. Las montañas, aquellas bellas montañas que durante todo el día le habían acompañado en su largo caminar y que tanto le habían gustado, se fueron volviendo cada vez más negras y adoptando un aspecto más amenazante, más inquietante y siniestro. Aquí y allá el cielo de la noche lucía todavía con un silencioso y débil color amarillento pálido que titilaba y se ocultaba a ratos.

Estaba tan cansado que cuando se sentó y se acabó los panecillos sintió un enorme placer. Y así, tumbados cerca de la orilla, protegidos por la arboleda, se quedaron los dos extraños viajeros, mientras a su alrededor, con gran rapidez se iba extendiendo la oscuridad sobre el lago, sobre las montañas y sobre el cielo. Víctor se abrochó todos los botones de su abrigo y se apretó la bufanda al cuello. Sus jóvenes pero fatigados miembros le gritaban que durmiese y les diese descanso. Decidió colocar su cabeza sobre la mochila para que la oscuridad hiciese de muro ante sus ojos. Los arbustos comenzaron a susurrar, mecidos por un ligero vientecillo, mientras el murmullo del oleaje rompía el silencio de la noche.

En medio de estas impresiones estaba, ya perdiendo la conciencia de su situación, cuando de repente fue despertado por los furiosos rugidos de su perro. Se incorporó bruscamente y allí, a pocos pasos de él, en el lugar donde había desembarcado, pudo divisar una forma humana, destacándose oscura contra el agua irisada del lago y balanceándose, no obstante, con un cierto brillo frente a la inextricable y oscura masa e los arbustos. Víctor fijó su mirada intentando identificar el recién llegado. Sin embargo, solo pudo ver que se trataba de un hombre, aunque no distinguir si era joven o viejo, ni tampoco el motivo de que se hallase allí parado. Mientras tanto, el hombre seguía delante de él, muy quieto, dándole la espalda, y mirando afanosamente hacia la orilla. Víctor se levantó y se quedó totalmente quieto. A un nuevo y fuerte gruñido del perro, la figura se dio media vuelta repentinamente y gritó:

—¿Estáis ahí, joven señor?

—¿Pues qué quiere usted?

—Que vengáis a cenar; ya casi se ha pasado la hora.

—¿A cenar? ¿Cómo que a cenar? ¿A quién busca?

—Pues bien. Usted es el joven del perro flaco, ¿no es así? El señor os espera hace más de un cuarto de hora.

—¿Es usted acaso su sirviente?

—Sí, soy Christoph.

—¿Y su amo es el señor de la casa que se denomina el Eremitorio?

—Sí, soy el servidor de ese señor.

—Entonces dígale que quiero pasar aquí toda la noche y que antes prefiero ponerme una piedra al cuello y dejarme caer en el lago, que ahogar al perro que está conmigo.

—Le diré todo eso.

Con estas palabras el hombre se dio media vuelta e hizo ademán de marcharse. Sin embargo, Víctor le gritó:

—¡Christoph, Christoph!

—¿Qué queréis, jovencito?

—¿No hay en la isla ninguna otra casa, una choza quizás, una vivienda, además de la ermita?

—El viejo monasterio está cerrado, la iglesia también, y los graneros están cubiertos totalmente de escombros y cerrados a cal y canto.

—No pasa nada; no pasa nada. Desde luego no visitaré más la casa de mi tío; no quiero saber nada de él. Pero dígame, ¿viaja frecuentemente a Hul? Me pareció oírle decir al viejo pescador que así era.

—Sí, voy de vez en cuando a traer víveres.

—Escúcheme entonces, Christoph: te pagaré lo que quiera, pero lléveme esta misma noche a Hul.

—Por mucho que me paguéis, me temo que no es posible; por un triple motivo: primero, porque las barcas se hallan todas en la esclusa; la puerta de tablas de la esclusa está cerrada y cada barca está atada con un candado a su palo. En segundo lugar, sería estúpido pensar que, aun cuando dispusieseis de un bote, hubiera algún barquero que os pudiese llevar. ¿Veis aquellos gansos de allí? En cuanto empieza a oscurecer, se sientan todos muy juntos en fila, apretujados e inmaculados sobre las piedras de la orilla del Orla; y cuando termina de anochecer, en una hora la niebla se extiende por todo el lago. Decidme qué bote podría viajar así. Y si por ventura chocaseis contra una simple roca y se hiciera una vía de agua en la barca, bien podríais bajaros y quedaros quieto en el agua, que nada más os cubriría hasta el pecho. Pero a buen seguro moriríais de hambre, porque durante días no os vería nadie. Ningún ser humano navega a propósito sobre las aristas de la montaña que hay bajo el agua. ¿Lo entendéis?

Víctor no lo comprendió del todo, pero prefirió no decir nada.

—Y en tercer lugar, no os puedo llevar porque entonces sería un servidor infiel —dijo el hombre.

—Entonces, ¿eso quiere decir que estoy atrapado aquí?

—No, pero el señor no me ha encomendado todavía que os lleve a Hul. Y si él no me lo pide, entonces yo no os puedo llevar.

—Pues entonces me quedaré aquí sentado hasta que una embarcación pase tan cerca de aquí que pueda hacerle señas.

—Pueden pasar ocho días, o tres semanas, hasta que pase una.

—¿Qué quieren entonces que haga?

—El señor os espera para cenar.

—¿Cómo que me espera? Él me vio marcharme y cuando lo hacía ni siquiera hizo ademán de llamarme para que regresase.

—El porqué de su actitud lo desconozco. Pero sé que lleva mucho tiempo esperando vuestra llegada; estáis aquí, de hecho, y así muestra él su intención. Llámale, Christoph, me dijo. Mi sobrino no conoce la hora a la que nosotros cenamos. Y entonces yo supuse que habíais venido hasta aquí, a la orilla del lago. Sí, durante unos instantes pensé incluso que no os alcanzaría y que habríais logrado llamar al barquero. Pero claro, no era posible, porque este ya tendría que haber llegado al Orla cuando os marchasteis. Así que, por favor, ¡venid a cenar!

—¡No voy a ir; no y no! ¡Él ha querido que matase a mi perro!

—Mi señor os ha dado un buen consejo. Si no lo hacéis, no le preocupéis tampoco. Coged al perro, atadle a una cuerda y conservadlo con vos. ¿Qué importancia tiene el perro?

—Es tan bueno; no es capaz de hacerle daño a nadie, ni siquiera a un niño —gritó Víctor con gran emoción.

—No le haremos nada, pues, si os quiere tanto. ¿Qué ser humano puede saberlo? ¡Así que venid a cenar! Habéis llegado hasta vuestro tío y es por su causa que estáis aquí para que él pueda hablar con vos, como corresponde.

—Lo quiso mi madre y el tutor me insistió que viniese hasta aquí a pie, tal como especificaba el tío. Así pues, he venido hasta aquí a pie y el pobre animal me ha buscado y me ha acompañado, poniendo en peligro su propia vida. He querido entrar y hablar con ese hombre, pero antes de hacerle el más mínimo daño a este perro, prefiero recibir yo mismo daño y muerte. Además, mi querida madre y el tutor, al que ese hombre le ha llamado necio, saben ya en dónde estoy y no van a tolerar que me suceda nada.

—Perded cuidado; sois nuestro querido huésped —dijo el viejo sirviente con mucha mayor cordialidad de la que cabría esperar de él—. Pero venid ya, por favor, temo que el señor haya cenado ya y no espere más.

—Puede comer tranquilamente, no pasa absolutamente nada; nosotros hemos tomado ya nuestra cena —

dijo, mirando al perro.

Y con manos temblorosas buscó Víctor una cuerda en su mochila, la misma que por precaución llevaba siempre consigo por si la necesitaba, y amarró esta al collar para llevar a su perro.

—Ven, pobre amigo, no te sucederá nada; mantente a mi lado —le dijo al animal.

Después cogió del suelo la mochila, que le había servido como almohada, así como el bastón, y siguió los pasos del viejo Christoph que iba delante de él, emprendiendo el mismo camino que había hecho durante el crepúsculo, a través de los arces, de los enanitos y del sepulcro, hasta que nuevamente se encontraron ante la cancela de hierro. Christoph sacó un pequeño objeto de su bolsillo y tras manipular con él se escuchó un estridente chirrido.

Inmediatamente se abrió la puerta, movida por manos invisibles. Víctor no supo cómo se había producido el prodigio. Rápidamente la puerta se cerró tras ellos. Desde el jardín, una vez superada la cancela, se podía divisar de nuevo el lago, pero no así la hilera de rocas, ya que sobre el agua había una densa, blanca y espesa niebla. En la casa, que aparecía esquinada y lejana, se veían solamente tres ventanas iluminadas, dos en la planta superior y otra en el piso bajo; todo el resto del edificio permanecía en la más completa oscuridad. Christoph guió al joven por la escalera cubierta que iba desde el jardín directamente hasta el piso superior; después atravesaron un lóbrego pasillo, tan oscuro que tenían que caminar tanteando las paredes, y finalmente llegaron a la habitación en donde se hallaban las dos ventanas iluminadas. El anciano le indicó que ya habían llegado y entonces se marchó. En una mesa, comiendo, estaba el mismo viejo que Víctor había visto al atardecer en el jardín del interior de la cancela. Esta vez, sin embargo, en lugar de llevar aquel extraño traje gris de paseo, vestía una bata de dormir amplia y muy florida. Sobre su cabeza llevaba un gorro rojo con ribetes dorados.

—Estoy todavía con los cangrejos —dijo cuando vio al muchacho—. Has tardado mucho en venir. No tengo más remedio que reprochártelo; yo tengo mi hora fija para cenar. Si no cenara todos los días a la misma hora, no podría gozar de tan buena salud. Siéntate.

—Mi madre y el tutor mandan muchos recuerdos para usted —comenzó a decir Víctor. Seguía de pie en la puerta, con la mochila al hombro. Pero el viejo no le dejó hablar, sino que lo interrumpió:

—¿Qué me importa a mí la gente? Yo quería que vinieras y aquí estás. Y no bien acabas de entrar por la puerta ya te comportas como si llevaras diez días en casa. Mañana podrás ver el retrato de tu padre cuando era tan joven como tú eres ahora. Se parecía muchísimo a ti, hasta en la forma de vestir. Siéntate. Aquí hay platos.

Víctor colocó su mochila en una silla y el bastón de excursionista en un rincón. El corazón le latía por la prisa que se había dado en venir desde la cala de la isla y por eso se dirigió directamente a la silla indicada, tirando de la cuerda de su perro. Devoró la sopa, que entretanto le habían puesto en su plato, al tiempo que sujetaba fuertemente con su mano izquierda al chucho, pegado a sus pies. El viejo seguía comiendo los cangrejos, que partía y chupaba con rapidez. Mientras tanto, tres enormes perrazos que descansaban a sus pies comenzaron a gruñir al pobre chucho de Víctor.

—¿Has vuelto a traer a ese saco de huesos? —dijo el viejo—. Quien posee un animal, tiene la obligación de alimentarlo. Hubiera sido preferible que lo hubieses arrojado al lago. No puedo aguantar a los perros de los estudiantes. Desde mis tiempos universitarios se me presentan todavía como fantasmas dolientes. No sé qué os da, que siempre queréis tener un perro. ¿Se puede saber dónde te lo has encontrado? ¿Cómo es que has venido con él hasta mi casa y no le has dado siquiera de comer por el camino?

—Es el perro de mi madre adoptiva, tío —dijo Víctor—. No me lo he encontrado, ni tampoco lo he comprado, ni ha sido fruto de un trueque. Se escapó y me alcanzó a los tres días de mi partida. Desde entonces hemos hecho el viaje juntos. Me imagino que tiene que haber corrido lo suyo de acá para allá y seguro que mientras me buscaba pasó mucho miedo. Por eso se quedó tan flaco, por las penalidades que tuvo que afrontar durante días hasta alcanzarme. Aun así, sigue flacucho, a pesar de que le he dado todo lo que me ha pedido. Permita por ello, tío, que lo tenga conmigo hasta que lo pueda devolver a casa. No le haga ningún daño, porque sino le rogaría que me llevase mañana temprano a Hul para que regrese de nuevo con mi madre y con el tutor.

—¿Y ha estado contigo todos estos días con sus noches?

—Naturalmente.

—Podría haberte mordido el pescuezo.

—¡Eso no lo haría nunca! ¿Cómo puede ocurrírsele semejante barbaridad? Por las noches se echaba junto a mis pies y ponía la cabeza encima; y antes se hubiera muerto de hambre que abandonarme o hacerme algún daño.

—Entonces lávale. ¡Y más le vale no ponerse furioso con el agua!

Después de esta conversación siguieron comiendo ambos en silencio y el tío inclinó su enjuto rostro hacia el plato, de modo que mientras comía enrojeció como los propios cangrejos. Sus agudos ojos no se separaban de los bordes del plato. De cuando en cuando arrojaba a sus tres perros, por tandas, lo que a Víctor le parecieron pedazos de carne. Entretanto, una anciana mujer había ido trayendo a Víctor tal cantidad de platos que este no salía de su asombro. Comió hasta que estuvo saciado y arrojó al perro su parte. Curiosamente había también muchos vinos, guardados en botellas altas, cada uno con su vasito correspondiente. El anciano debía de haber bebido ya de todos, porque cada uno de los vasos tenía un resto de vino en su fondo, y solamente un pequeño vasito, verde y alargado, estaba sin usar. Víctor prefirió beber agua, pues tampoco su tío le había ofrecido vino. El agua, sin embargo, le supo a él fresca, densa y reconfortante como ningún vino que hubiese bebido, por muy costoso que fuese. Una vez le hubieron servido un plato de cangrejos, tan grande como el de su tío, y después de los postres, consistentes en queso, fruta, así como toda clase de golosinas, se recogió la mesa. El viejo se levantó y llevó él mismo los platos, incluidos los hondos cuencos de cristal, a sus armarios. Luego dispuso también las botellas de vino, que guardó tras unas puertecillas barnizadas. La anciana había retirado ya los restos de la cena de Víctor. Christoph apareció por la puerta, y entonces su tío dijo, señalando a los perros:

—Amárrales bien para que ninguno se escape, pero antes déjales correr un poco por la arena.

Al oír estas palabras, los tres perros se levantaron como si obedecieran órdenes; dos de ellos siguieron sin rechistar al recién llegado Christoph, después de que este arrastrase a un tercero, más remiso, por el pellejo.

—Te mostraré tu cuarto —dijo el tío. Entonces fue a un extremo de la habitación, cogió una palmatoria y encendió una vela. A Víctor le pareció distinguir que aquella zona estaba llena de cachivaches. Luego agarró su mochila por una de las correas, pasándosela sobre el hombro, así como su bastón, y siguió a su tío, al tiempo que llevaba al perrito tras de él, tirándole del cordel. Caminaron a través de un pasillo flanqueado por armarios con cajones viejísimos, giraron por otro pasillo que formaba una cruz con el primero, y después por un tercero que estaba delimitado por una cancela de hierro. Como Víctor sospechaba, se dirigían de nuevo hacia la parte delantera de la casa. Al final de este último pasillo, el tío abrió una puerta y condujo a Víctor a lo que parecían dos habitaciones, de las cuales una era significativamente grande y la otra, muy pequeña.

—Puedes encerrar al perro en el cuarto de al lado para que no te haga nada. Cierra bien las ventanas. Por la noche refresca.

Después de pronunciar estas palabras, encendió una gran vela que había sobre la mesa y se marchó sin más. Víctor oyó todavía cómo se cerraba la cancela del pasillo. Después escuchó resonar el deslizante paso de las pantuflas, hasta que finalmente se hizo en la casa un silencio de muerte. Para convencerse de que no había nadie, salió al pasillo. Efectivamente, estaba en lo cierto: y además la cancela de hierro había sido cerrada.

—¡Pobre hombre! —dijo Víctor—. ¿Acaso tiene miedo de mí?

Colocó la luz de nuevo sobre la mesa que había junto al torcido lavabo de zinc y caminó hacia la gran pareja de ventanas enrejadas. A través de los barrotes podía divisarse un cielo azul pálido, cubierto completamente de estrellas. Aunque no podía verlo, seguramente habría un pequeño anillo de luna creciente en el cielo, puesto que en el cuarto se reflejaba una luz suave y lechosa. El peñascal se presentaba negro como una plana quilla de sombra contra el color plata mate del cielo y una estrella lucía en su proa como si colgase en ella y centelleaba como si recibiese una orden.

¿Dónde estará ahora mi blanca casita?, pensó nostálgico para sí, porque, a través de los muchos recovecos del camino que había recorrido y por la encrucijada de los pasillos de la casa en donde ahora se hallaba, había perdido la orientación.

«Allí lucirán más bajas las estrellas, el sauce permanecerá callado y las aguas seguirán fluyendo alegres, pero nadie mirará como yo hacia arriba ni sabrá contemplar como yo el lago de los resplandecientes brillos y cómo me saludan las silenciosas montañas de alrededor y las copas de los árboles. Se habrán cerrado las ventanas del cuarto y los objetos pasarán quietos semanas enteras sin ser tocados ni movidos».

Delante de las ventanas de la lóbrega habitación también había una masa de agua, pero esta era mucho mayor y más poderosa, y encima no podía siquiera verla, puesto que una blanca y brillante niebla silenciosa la cubría; una niebla que no se derramaba en suaves grumos y viscosos hilachos, sino que formaba una firme raya espesa sobre la superficie del lago.

A través de las ventanas empezó a entrar un aire frío y húmedo. Víctor las cerró e inspeccionó el segundo cuarto. Era como el primero. Tenía una mesa, un armario y algunas sillas, solo que este cuarto no tenía una cama como el otro. Un icono que representaba un monje le miraba desde un nicho. Víctor cerró

aquí también la estrecha ventana de rejas y volvió a su cuarto. Había llevado al perro sin darse cuenta todo el rato agarrado con la correa, pero ahora le desató, le soltó el collar, se agachó ante él y le dijo:

—Échate donde quieras, pobre amigo. Prometo que no volveré a atarte hoy.

El perro le miró como diciéndole que todo aquello era muy extraño y que no sabía dónde estaba.

Víctor dejó entonces al perro en su cuarto, volvió al suyo, lo cerró con llave, se desvistió y se metió en la cama. Durante un rato dejó arder la vela que había sobre su mesilla de noche, pero cuando empezaron a pesarle los párpados y terminó su oración nocturna, apagó la luz y se giró hacia la pared.

Ya metido en sus sueños, le vino a la cabeza la idea de que en esta casa tan grande solo había visto a tres seres humanos y, además, los tres ancianos.

El perro, que prefería dormir acompañado, se fugó de su cuarto y se echó como de costumbre a los pies de la cama de Víctor, sin importunarle por lo demás, pues ambos estaban agotados. Y así pasó la noche en un santiamén.

Cuando Víctor se despertó a la mañana siguiente, miró por la ventana y se asombró de la hermosura que se presentaba ante sus ojos: las rocas del peñascal se alzaban con todas sus aristas relucientes y, a pesar de que aparentemente en la oscuridad de la noche había creído ver las montañas más altas de lo que eran, podía contemplar ahora junto a ellas otros picos más elevados que no podían verse de noche, y que se presentaban tenuemente azules, salpicados de tanto en tanto por manchas de nieve que yacían en la ladera como si fuesen blancos cisnes. Todo resplandecía a su alrededor.

Los altos árboles que se alzaban delante de la casa desprendían una cantidad tal de humedad que Víctor no había visto nada parecido en su vida. Las praderas circundantes estaban empapadas de agua y por todas partes se extendían amplias sombras, y todo el conjunto se reflejaba a su vez en el lago, el cual, libre ya de los jirones de niebla, aparecía como el más resplandeciente espejo.

Víctor abrió de par en par la ventana y metió su rostro jovial entre los barrotes de hierro. Estaba realmente asombrado. El abigarrado juego de luces y colores se contraponía a un silencio como de muerte que lo invadía todo. No se veía un ser humano, ni siquiera delante de la casa. Únicamente algunos pájaros dejaban oír sus trinos desde los arces lejanos. El murmullo matinal, que provenía del bosque, no alcanzaría probablemente a percibirse en las altas cumbres, debido a su lejanía. Víctor sacó la cabeza lo más que pudo para mirar en torno a sí e intentar averiguar dónde se encontraba, pero desde allí solo se vería una pequeña parte del lago. Por todas partes había gruesos muros, de modo que no pudo adivinar de qué modo estaba colocada la casa. Asimismo el sol no había salido por donde él esperaba; a saber, por detrás de la casa, cuyas ventanas estaban todavía en sombra, lo que hacía resaltar aún más la luminosidad de los muros que se hallaban enfrente. También estaba equivocado con la luna que, por la luz, había creído ayer que estaría a lo sumo en cuarto creciente, mientras se iba ocultando tras los picos de las montañas. Víctor no conocía aún suficientemente bien los efectos de la luz sobre las montañas. Cuánta luminosidad tendría que caer sobre aquellas lejanas cumbres que aparecían tan iluminadas como la torre de la de la iglesia de su pueblo, que siempre se mostraba a la luz de la luna tan blanca en el azul de la noche. A pesar de que el sol lucía ya bastante alto, sin embargo, el aire que entraba por la ventana era todavía frío y húmedo, al contrario de lo que pasaba en su casa. Aun así, no le resultaba desagradable; antes bien, el frío era, al mismo tiempo, tan firme y constante, que despertaba sus sentidos.

Finalmente se retiró de la ventana y comenzó a deshacer su mochila para ponerse ropa distinta de la que había utilizado durante su trayecto hasta allí. Pensaba que su tío desearía comunicarle las razones por las que le había llamado a su lado en esta solitaria isla. Entonces buscó ropa limpia, y cepilló el polvo del segundo traje que había traído, como alternativa al que había llevado durante el viaje. Utilizó el agua, clara como un espejo, que había en la gran jofaina del cuarto para lavarse de la suciedad del viaje y se vistió con tanto gusto y armonía como lo había aprendido en casa de su madre adoptiva. Incluso al perro, que había sido un huésped no demasiado bien recibido inicialmente en la casa, ya lo había cepillado y peinado antes. Luego le colocó de nuevo el collar y le ató su correa. Cuando ambos hubieron concluido, abrió la puerta y salió al pasillo, todo hambriento, intentando averiguar dónde estaría el salón de reuniones donde había cenado la noche anterior.

Cuando estaba ya en el pasillo, cayó en la cuenta de que, un rato antes, se había distraído tanto mirando por la ventana que se había olvidado de su rezo matutino. Era la primera vez que le pasaba algo así en su vida. Así que al punto regresó a su habitación y pronunció las sencillas frases que para este fin tenía preparadas para cuando oraba. Después se dirigió por segunda vez al encuentro de su anciano tío.

Comprobó que la puerta de rejas que delimitaba el pasillo había sido abierta. Enseguida se encontró en el segundo de los pasillos por los que habían discurrido la noche anterior, pero cuando llegó al final no pudo hallar ni rastro de la puerta marrón que daba acceso al comedor, y que, según recordaba, estaba

provista de un anillo de latón a modo de aldaba. Allá donde se dirigiera, encontraba un pasillo completamente semejante a aquel del que venía. Tal vez fuera incluso el mismo pasillo, pues por todas partes parecía encontrarse los mismos viejos armarios que había visto el día anterior. Hoy, sin embargo, no podía distinguirlos tan claramente, puesto que las ventanas del pasillo estaban cubiertas de tablas y solamente a través de las rendijas y por los minúsculos vanos, que aquí y allá se dejaban divisar, podía penetrar un poco de luz. Finalmente, cuando se convenció por completo de que estaba caminando en círculo, se abrió ante él una puerta y de ella salió la anciana mujer que le había atendido en la cena, cargada con tazas y cuencos. En cuanto salió, sin embargo, Víctor se encontró de nuevo en la más completa oscuridad, y solo, como si a la mujer se la hubiera tragado la tierra. De pronto se dio cuenta de que la puerta de uno de los armarios estaba abierta. Víctor miró en su interior y advirtió, para su sorpresa, que se trataba de la puerta de una despensa. Una vez allí, divisó al fondo la puerta marrón que buscaba, provista del pesado anillo de latón.

Golpeó la aldaba y entró. Allí estaba su tío, pertrechado con la misma amplia cazadora gris que llevaba cuando se vieron junto a la cancela. Sostenía un pájaro disecado en una mano y en la otra llevaba un cepillo con el que le quitaba el polvo.

—En breve te daré el horario de actividades de la casa —dijo el tío—. Perdóname que haya desayunado antes que tú. Ya era la hora. Mete al perro en una artesa con agua y lávalo.

Y con estas palabras se subió a un taburete provisto de tres escaloncitos y depositó al pájaro en una vitrina de cristal, sacó otro y empezó a cepillarlo igualmente.

Víctor pudo comprobar ahora cuán flaco y deteriorado estaba el hombre. Sus rasgos no expresaban ninguna benevolencia ni había rastro de cordialidad en su semblante. Parecía como si su expresión se hubiera encerrado en sí misma, en un ejercicio de autovaloración continua, propia de alguien que solo se ha ocupado de sí mismo durante incontables años. La cazadora le venía muy amplia en las mangas y tras el hueco del pescuezo se veía un trozo de camisa hinchada, tan sucio que Víctor nunca había visto nada igual.

En la habitación había gran cantidad de armaduras, faroles, perchas, cornamentas de ciervo, todas colgadas en un tremendo desorden. Víctor estaba persuadido de que con semejante batiburrillo aquello estaría lleno de polvo. Seguramente muchos objetos no habrían sido movidos de su lugar en años. Los collares de los perros, de los que había gran cantidad, estaban completamente cubiertos de polvo, así como los pliegues de las pitilleras, que estaban cristalizados y visiblemente intactos; los canutos de fumar estaban sueltos junto a la colección de pipas, y pilas de legajos amarilleaban bajo las incontables piedras sujetapapeles. La habitación que, en vez de techo, estaba coronada por una aguda bóveda, debía haber sido originalmente pintada, pero el color de sus luces y sombras se había perdido, y había derivado ahora en una especie de mancha monótona, que dotaba a la bóveda de un aspecto oscuro y desangelado. En el suelo había una alfombra notablemente ajada, sobre la que se revolcaban los perros. Solamente en la parte donde el anciano se solía sentar a comer se podía ver todavía algún motivo de colores floridos.

Víctor permaneció de pie, mirando a su tío. Éste, sin embargo, prosiguió con sus ocupaciones como si nada. Seguramente hacía tiempo que no se aplicaba a la tarea de limpiar sus cachivaches. Víctor calculó que llevaría en ello desde el amanecer, puesto que ya había limpiado gran número de pájaros disecados, aunque ciertamente muchos otros esperaban todavía en las vitrinas cubiertos de polvo. En esto la anciana mujer, que antes había pasado delante de Víctor sin hablarle, entró en la habitación y trajo una bandeja con el desayuno. Víctor, deduciendo que sería para él se sentó a la mesa y devoró, con su apetito habitual, las viandas que le fueron poniendo delante, bastante semejantes a las que forman los típicos desayunos ingleses: té, café, así como huevos, queso, salchichas y un surtido de embutidos fríos. Ni que decir tiene que también el chucho estaba en su salsa, de tantas cosas como le iba dando Víctor, hasta tal punto de que el perro nunca había desayunado así en su vida.

—¿Has vertido ya agua en la tina para que beba el perro? —preguntó el tío.

—No; pero lo haré enseguida —respondió Víctor.

Cogió una jarra de agua fresca de manantial, la misma de la que bebió la noche anterior, y vertió, solo para complacer a su tío, una parte en una pequeña tina de madera que había colgada en la pared junto a la puerta. Después de que el perro hubiese bebido, el tío abandonó sus tareas y llamó a los otros perros para que bebiesen. Sin embargo, al ver que estos ya debían de estar saciados, el tío apretó hacia abajo un bastón que había colgado en la misma pared donde estaba la tina y entonces se abrió una redonda baldosa del suelo dejando caer el agua por una tubería oculta. Víctor casi se rió al ver este complicado dispositivo. En su casa las cosas eran mucho más simples: el perro estaba todo el día al aire libre, bebía en el arroyo y comía bajo el manzano.

—Procura estar aquí a las dos en punto —dijo el tío, que prosiguió con la tarea de sacarle el polvo a los

pájaros disecados.

Víctor, sorprendido, preguntó:

—¿Esto significa que no vais a comer nada antes de esa hora?

—No —contestó el tío.

—Pues entonces me iré fuera a explorar las orillas del lago, las montañas y la isla —dijo Víctor.

—Haz lo que quieras —respondió el tío.

Víctor salió rápidamente de la sala, pero encontró cerradas las puertas que conducían a las escaleras y tuvo que regresar al salón para preguntarle a su tío qué podía hacer.

—Yo mismo te abriré las puertas —dijo el anciano. Y, dejando el pájaro en una mesita, salió del salón, se sacó una llave del bolsillo, abrió las puertas y, acto seguido, dejó bajar a Víctor.

Éste descendió rápidamente las escaleras. Ya en el jardín, sintiendo sobre él el sol radiante del día, se volvió y echó un vistazo a la casa. Vio que se trataba de un edificio oscuro y recio de una sola planta. Reconoció la ventana de su dormitorio por ser la única que estaba abierta. Todas las demás estaban cerradas y la mayoría mostraban desconchones en la pintura. Todas sin excepción, sin embargo, estaban protegidas con sólidos barrotes de hierro. La puerta principal estaba cerrada a cal y canto. La escalera cubierta por la que había bajado parecía ser el único acceso posible.

¡Qué distinto era todo esto de su hogar, donde todas las ventanas estaban siempre abiertas de par en par y los blancos visillos flotaban al empuje del viento y donde desde el jardín se podía contemplar el alegre crepitar del fuego en la cocina! Esta casa tan austera, en cambio, estaba rodeada de altos árboles y precedida en su parte delantera por bellos parterres de flores que descendían hacia el lago. Había bancos colocados por doquier.

Una alameda flanqueada por dos filas de tilos muy viejos, que la cubrían totalmente, manteniendo así la tierra siempre húmeda, conducía desde la casa hasta el otro edificio. Éste se hallaba presidido por un enorme portalón cerrado y cubierto de herrumbre. Sobre él había un gran arco de piedra cubierto de diversos signos de nobleza clerical, estirpe y alto linaje, junto a los escudos de armas del lugar. El suelo estaba cubierto de hierba, sobre la que crecían los tilos. El edificio, de forma cuadrada, no era muy grande, y estaba rematado por oscuras tejas que se perdían entre los árboles que crecían en desorden. Aquí también las ventanas estaban enrejadas, y, tras las rejas, había repisas de madera pulidas por la lluvia.

Víctor caminó todo alrededor del edificio tratando de encontrar alguna otra entrada, pero no halló ninguna. Al final acababa topándose siempre con el muro que parecía encerrar toda la finca, incluida la casa del tío. Aparentemente, la única salida posible del recinto era la verja de hierro. Al punto encontró también un gran jardín de árboles frutales, totalmente abandonado, tras el cual se llegaba a un ángulo del muro desde el cual pudo divisar dos torres de iglesia, gruesas pero sorprendentemente bajas. Dado que por mucho que se lo propusiera, no lograría llegar hasta ellas decidió dejar de dar vueltas por aquel lugar ruinoso. Cuando se giró, su mirada se llenó de gozo al contemplar el paisaje tan bello, luminoso y alegre que le rodeaba. Todas las laderas de las montañas, con sus variados colores, miraban hacia la isla, cubierta de verdor y de innumerables plantas en floración. Era tan grande y tan intensa la paz que transmitía la isla, que las huellas ruinosas del tiempo pasado sobre aquel recinto en donde se hallaba constituían tan solo un pequeño punto gris que no merecía ser considerado en el marco de una vida que empezaba a brotar con fuerza a su alrededor. Las oscuras copas de los árboles extendían su sombra por doquier y las enredaderas trepaban y descendían por los muros, mientras allá abajo, sobre la brillante superficie del lago, los rayos del sol celebraban un festín de joyas de oro y plata.

Víctor ardía en deseos de caminar por toda la isla. Por primera vez se encontraba realmente a gusto en ella; lo único que pasaba era que no acababa de ubicar realmente la situación de las ruinas y de la sombría mole de la casa en el contexto de la isla: fuera donde fuera se topaba con los mismos muros, incluso aunque estuvieran cubiertos por los más tupidos matorrales. Un rato después se hallaba de nuevo ante la cancela, examinando los barrotes e intentando abrir de algún modo el candado, pero fue en vano. Pensó que lo mejor sería acudir donde estaba su tío y pedirle que le abriese, pese a la antipatía que sentía hacia él. Porque, ¿quién podría abrirle si no? En toda la casa no había rastro alguno de un ser humano, aparte de su tío. Era como si al viejo sirviente y a la anciana criada se los hubiese tragado literalmente la tierra. Sin embargo, pensó, no quería recurrir a su tío. Así que volvió a abandonar la cancela y continuó avanzando junto a los parterres de flores en dirección al lago para ver si desde allí podía contemplar, aunque fuera por encima de un muro, la orilla rocosa. Y en efecto había un muro allí, que, a decir verdad, era como una casa de alto. Trepó como pudo a su parte superior. Abajo el agua ribeteaba suavemente la playa; enfrente se hallaba el peñascal de blancas piedras que bordeaban amablemente las montañas. La superficie del lago era como un espejo. Los aromáticos muros contenían la inerte y quieta agua del lago y, cuando Víctor se giró

para mirar la verde isla con sus paredes y su silencio de muerte, le pareció como si se sintiese indeciblemente temeroso de este lugar. Estiró el cuello para ver si había cerca algún camino que descendiese hasta el agua, pero la pared, azotada por la lluvia y las tormentas, estaba pulida y lisa como el acero.

Qué grandes debían ser las paredes del peñascal —pensó— que, vistas desde ese lugar tan alejado, se elevaban como palacios, mientras las rocas de la orilla de la isla de la montaña del Orla aparecían casi como una fina y blanca raya de arena.

El joven caminó a lo largo de la orilla, como si por allí fuese más fácil, aun cuando solo podía transitar por su borde externo, tan estrecho era el paso. Chocaba constantemente contra los muros, que se elevaban perpendicularmente al lago. Tuvo que dar media vuelta, y retrocedió por el mismo borde para alcanzar el otro extremo, donde otra vez los muros se elevaban. Sin embargo, antes de llegar al final, se topó con una especie de abertura en el muro, tal que una especie de puerta de bodega, de la que partían unos escalones. Víctor pensó que podía tratarse de una escalera practicada sobre el lago para aprovisionarse de algún modo de agua. El hueco daba acceso a un pasadizo abovedado que conducía hacia abajo a través de interminables escalones. Pero Víctor empezó a inquietarse al comprobar que, conforme se internaba más y más por la oscuridad de la escalera, esta le conducía a una especie de cámara inundada de agua. Dos paredes laterales, formada por grandes sillares pulidos por la corriente, desembocaban en una acera con molduras de piedra a sus lados —del mismo tipo que las del suelo de la cámara—, que permitía caminar junto al espejo del agua. Sobre su cabeza había un sólido tejado. Los muros, entretanto, no mostraban ventana alguna, y toda la luz provenía de la pared erigida perpendicularmente al lago, una especie de verja construida con tablones de madera de roble. La última de las paredes, situada en la parte trasera, descansaba realmente sobre el peñascal de la isla. Había muchos postes levantados desde el fondo del lago, y en algunos había atados botes asegurados con cadenas y candados de hierro. El espacio era muy grande, y Víctor pensó que antaño tuvo que albergar gran cantidad de barcas, impresión confirmada por el desgastado aspecto de parte de los aros de metal que guarnecían algunos de los postes. Ahora, sin embargo, solo quedaban en uso cuatro de esos aros, que por lo demás estaban bastante nuevos y reciamente construidos, y de los que colgaban cadenas y sólidos candados. El aparejo de tablones de madera tenía múltiples puertas de salida, supuso que para poder facilitar el embarque sin problemas, pero Víctor comprobó que todas las puertas estaban cerradas.

Víctor se quedó quieto y contempló las verdosas luces del agua del lago, que aparecían entre los negros tablones del aparejo de madera de roble. Se sentó en el borde de una barca e intentó comprobar la temperatura del agua, metiendo la mano; no estaba tan fría como su instinto le había hecho suponer. Se fue desvistiendo poco a poco. Desde su más temprana niñez nadar era uno de sus más queridos pasatiempos, y, dado que él sabía que la casa de su tío estaba situada en una isla, se había traído consigo en su mochila todo lo necesario para el baño. Sin embargo, tan pronto como se metió en el agua entre las barcas, comprobó que aquí su destreza no le serviría de nada. El agua era muy poco profunda hasta llegar al aparejo del enverjado de tablones de madera, colocados por lo demás tan cerca los unos de los otros que de ningún modo hubiera podido pasar entre ellos el hombre más delgado. No quedaba más remedio, pues, que limitarse a remojar el cuerpo en las frías balsas que había dentro de la verja de tablones de madera. Después de sumergirse unos momentos y de volverse a vestir, subió por la escalera por la que antes había bajado, y prosiguió su excursión por el borde de la orilla. Pronto confirmó sus sospechas: tras algunas subidas y bajadas del terreno, se topó de nuevo con los muros, cuyas paredes pulidas se elevaban también aquí perpendicularmente al agua. Eso hacía que hubiese muy poco espacio disponible para andar, de modo que por allí solamente habría podido caminar un pequeño animalito. Víctor permaneció remiso un rato en ese mismo lugar y, después, volvió sobre sus pasos hasta un espacio abierto, donde crecían algunas hojas de remolacha. Una vez allí se sentó en un banco. La casa estaba tal como la había dejado por la mañana; las ventanas de su cuarto seguían abiertas, y todo lo demás seguía cerrado. Nadie entró y ni salió de la casa. Poco a poco las sombras fueron desapareciendo y el sol empezó a iluminar los hasta entonces oscuros muros. A Víctor le pareció como si llevase ya un año en aquel lugar. Permaneció sentado en el banco hasta que su reloj señaló las dos.

La comida del mediodía se diferenció de la cena del día anterior únicamente en que ambos, tío y sobrino, comieron juntos; por lo demás, fue exactamente igual: el tío habló poco o nada, y los alimentos fueron abundantes y muy buenos. Hubo múltiples vinos sobre la repisa, el tío los llevó a la mesa, pero Víctor le dijo que siempre había bebido agua y renunció a ellos. Tampoco ahora el tío desveló las razones por las que le había hecho ir a la isla. Víctor aguardaba con impaciencia una explicación y sin embargo, no bien acabó de comer, su tío se levantó y comenzó a ocuparse de toda clase de objetos que había esparcidos

por la habitación. Por la tarde el calor cayó sobre la cuenca del valle como había caído el frescor por la mañana, y Víctor dio en deambular de nuevo por el recinto entre los muros. En un momento dado vio a su tío bajo los rayos del sol sentado en un banco, pero este no le llamó, ni Víctor tampoco se dirigió a él.

Así transcurrió el primer día; la cena, que estaba fijada para las nueve, finalizó para Víctor como la de la noche anterior; el tío le condujo a su habitación y cerró otra vez la verja del pasillo. Una vez en la quietud de su alcoba, el joven cayó en un detalle; a saber, que no había visto en todo el día al viejo Christoph. Para servir la mesa —si es que se puede llamar servir a traer los alimentos y colocarlos sobre la mesa— solamente vio a la vieja. Todo lo demás lo hacía su propio tío, que guardaba las vajillas, servía las viandas, traía el vino, partía el queso y luego lo devolvía a su quesera.

Al día siguiente, tras el desayuno, le dijo a Víctor:

—Ayer te prometí que te mostraría el retrato de tu padre. Ven conmigo.

Después de pronunciar estas palabras, abrió una de las puertas laterales de la habitación y condujo a Víctor a un cuarto contiguo, que estaba amueblado muy austeramente, y que mostraba cientos de armas de fuego de todo género y época, así como otros objetos guardados en vitrinas. Alrededor de las paredes había cuernos de caza, cestos de mimbre, recipientes de pólvora, bastones de caza y miles de otros objetos de este tipo. Atravesaron esta habitación y luego la colindante, muy austera también. En la tercera colgaba un solo cuadro. Era circular, como las orlas de los escudos alrededor de las cuales se acostumbra a pintar armas, y estaba colocada sobre un amplio marco dorado, bastante desgastado por el tiempo.

—Este es tu padre —dijo el tío.

El cuadro representaba a un atractivo joven, podría decirse que todavía casi un muchacho, vestido con un traje marrón de galones dorados. La pintura no era nada extraordinaria, ciertamente, pero el modelo estaba representado con gran minuciosidad y realismo, como corresponde con frecuencia a los retratos de familia de los pasados siglos.

—En la Academia en donde nos educábamos tenían la estúpida costumbre de retratar a los alumnos y luego colgar sus retratos en pasillos y salas —dijo el tío—. Allí solo se formaban los hijos de los nobles. Tu padre tenía muchas ínfulas, de modo que se procuró un retrato. Yo era mucho más guapo que él, pero no presumía de ello. Si no posé fue porque no quise. Hace tiempo la Academia cerró por falta de fondos y los cuadros se repartieron. El suyo vino a parar aquí.

Víctor, que no tenía memoria de su padre ni de su madre, puesto que ambos habían desaparecido en su más temprana niñez —primero, la madre, y casi inmediatamente después, el padre—, se plantó con profundo sentimiento delante del retrato de su progenitor, al que sintió que le debía la vida. Esa imagen le hizo internarse muy atrás en el tiempo, a los días en que el retratado era todavía joven y feliz, y estaba lleno de esperanzas, como él en ese momento. De primeras, la imagen que tenía Víctor de su padre no se correspondía con la de ese cuadro; su padre era un hombre de cazadora oscura que se inclinaba ante su camita y cuya efigie había permanecido hasta entonces borrosa en su memoria. Pensaba que, si aún viviese, su padre sería ya un anciano. Sin embargo, no podía imaginarse que se pareciese lo más mínimo a su tío. Tomó la decisión de que, antes de marcharse de la isla, le pediría a su tío que le dejase llevarse el retrato. No en vano, lo tenía allí completamente abandonado, perdido en aquella habitación polvorienta.

El tío, mientras tanto, se hallaba de pie junto al joven sin prestarle especial atención. Pero cuando Víctor hizo un pequeño movimiento para alejarse del retrato, el viejo se apresuró a ponerse delante de él y le condujo fuera del cuarto, mientras le aseguraba con gran aplomo que entre su padre y él existía un asombroso parecido.

Una vez de vuelta en el comedor, el anciano le dijo a Víctor que se quedase allí y luego se dirigió, a través de una puerta tapizada oculta en la pared, a lo que parecía una especie de compartimiento anexo. Víctor se acercó a la puerta y la inspeccionó de arriba abajo pero no pudo encontrar el resorte que la abría.

Después se giró y salió rápidamente de la habitación. De nuevo volvió a encontrar cerradas las puertas de la escalera cubierta, pero esta vez no se dirigió a su tío para solicitarle que le abriera, sino que buscó el pasillo por el que el día anterior había visto desaparecer a la anciana mujer con las tazas. Una vez lo encontró, lo atravesó hasta el final y desembocó en una cocina. Las únicas personas que había allí eran la anciana, ocupada en la preparación de la comida, y una mujer, solo un poco más joven que ella, con aspecto de retrasada, que le asistía en su labor. Víctor preguntó a la anciana si podía abrirle la puerta del jardín.

—¡Por supuesto! —respondió esta.

Y le condujo escaleras arriba, tras lo cual llamó al tío, que le abrió sin decir ni pío.

El día transcurrió como el anterior. La comida se celebró a la misma hora. El tío siguió sin hacer alusión al motivo de su llamada, y Víctor volvió a vagar entre los matorrales y los arbustos del jardín hasta que se

puso el sol. Una vez se hizo de noche el viejo Christoph llegó en un bote que dejó amarrado a una de las portezuelas de madera de roble que Víctor ya conociera el día anterior. Bajó de la barca una gran cantidad de alimentos y de diversos pertrechos, y Víctor, que había asistido atónito al desembarco, pensó que era imposible que ese hombre tan viejo se las hubiera arreglado para traer tal cantidad de cosas remando él solo por el lago. También lamentó no haberse enterado de la partida de Christoph, puesto que, de haberlo sabido, le habría entregado una carta para su madre adoptiva.

Y así transcurrieron el tercer día y el cuarto, con las mismas rutinas que los anteriores. Allá arriba, sobre su cabeza, Víctor continuaba contemplando el peñascal y, a su derecha, las azuladas laderas que se derramaban sobre el lago mientras atardecía. Al fondo resplandecía el verde boscaje de la isla, a través de cuyas ramas se podían divisar las azuladas laderas del Orla. Y, presidiendo todo aquel panorama grandioso, como una gran masa gris de piedra erosionada por las tempestades, el monasterio junto a la casa.

Pasado ese tiempo, Víctor había recorrido ya los muros en toda su longitud, se había sentado ya en todos los bancos y había explorado todos los montes cercanos a la casa.

Al quinto día se puso su mejor traje, reunió todas las fuerzas que pudo, se dirigió a su tío y le pidió que le dijese por qué le había hecho ir hasta allí. Luego le anunció que al día siguiente iniciaría su viaje de vuelta.

—No te irás todavía —repuso el tío—. Quedan aún tres semanas hasta el momento en que estás convocado a tu primer día de trabajo —dijo su tío.

—Pero yo deseo partir mañana…

—Te repito que no te dejaré marchar todavía.

—Tendrá que dejarme marchar o yo me iré por mi propia cuenta… No dudaré en subirme al peñasco más alto y me arrojaré al lago.

—Bueno, pues arrójate, si eres tan pusilánime —respondió su tío con indiferencia.

Víctor le lanzó una mirada de ira concentrada. Se avergonzaba de mostrar debilidad, así que decidió imponer su criterio con una actitud paciente.

—Al menos, cuando amanezca, ¿me dejará usted ir remando hasta Hul?

—Sí, te dejaré remar hasta Hul.

—De acuerdo.

Y dicho esto, Víctor se encajó la gorra en la cabeza y se marchó.

Por fin era libre. De la puerta que daba acceso a las escaleras colgaba una campanilla. Tanto si quería entrar, como si quería salir, tocaba esta campanilla y aparecía siempre su tío que le abría sin ningún reparo. Pasaba también muchas horas escribiendo en su cuarto. En la mesa guardaba silencio, y nada más terminar de comer salía fuera. Investigaba todos los rincones de la casa sin que nadie le importunase. Aun así, nunca descubrió nada reseñable. Conocía ya cada uno de los más mínimos recovecos del recinto interior de los muros y estaba muy atento a la aparición y desaparición de los astros sobre las montañas y al cambio del colorido que en ellas iba acaeciendo según pasaban las horas, así como a los signos de tormenta que se cernían en el cielo. Asimismo prestaba atención al aire suave y apagado bajo sol del mediodía y al momento en que este se ocultaba tras el perfil de las montañas. Aguzaba el oído cada tarde por si podía oír el sonido de la pequeña campana de la iglesia de Hul invitando a la oración —dado que en toda la isla no se escuchaba sonido alguno, ni el de un reloj de una torre, ni el de una campana siquiera—, pero no llegaba a oír nunca nada, pues los verdes bosques se interponían entre el posible sonido y él. Y cuando caía la tarde, se ponía su traje de baño y nadaba en las aguas del lago. Se había dado cuenta de que la puerta que su tío abría cuando Christoph volvía del lago era más pequeña que las otras, y creaba una oquedad tan grande que Víctor pensó que no sería difícil bucear por ella hasta las aguas abiertas. Una vez lo intentó, se dio cuenta de que era posible, así que, cada tarde, cuando bajaba el calor, caminaba hasta el embarcadero y se arrojaba a nadar, moviéndose en amplios círculos en torno a la verja de tablas. Por las noches, cuando la luna llena se ocultaba detrás de la casa, abría su ventana y contemplaba cómo la luz brillaba y centelleaba en el lago, y también los oscuros macizos de sombra, que la luz de la luna no alcanzaba a iluminar. No se dirigía nunca ni a Christoph ni a la vieja criada, porque no le parecía conveniente hablar con los criados cuando no hablaba nunca con su tío, que al fin y al cabo era su amo.

Transcurrió así una temporada.

Un día, serían las cinco de la tarde, caminaba junto a los parterres de flores hacia la puerta de tablas para bañarse. Llevaba, como de costumbre, a su perro atado de la correa junto a él. De pronto se encontró con su tío, que estaba sentado como de costumbre en un banco tomando el sol. Entonces el tío se dirigió a Víctor y le dijo:

—No tienes por qué llevar al perro atado así por la correa. Puedes dejarlo caminar libremente junto a ti.

Víctor miró fijamente a los ojos de su tío y, al menos esta vez, no vio ninguna maldad en su rostro, como otras veces.

Al día siguiente dejó libre al perrito y no pasó nada; tomó la determinación de hacerlo así todos los días.

En otra ocasión, estaba Víctor nadando cuando casualmente levantó la mirada. Entonces vio a su tío de pie en una puerta que se abría bajo el tejado del cobertizo. Su tío miraba hacia donde él se hallaba nadando. Las facciones del anciano parecían expresar cierta alegría al ver a su sobrino nadar como lo hacía, formando ondas en el agua, con el perro chapoteando junto a él. También la noble belleza del adolescente pareció constituir un dulce reclamo para la vista del anciano: contemplar cómo se vestía después del baño, mostrando su inocente cuerpo desnudo al que aguardaba la potencia de los años y el inminente futuro. Si en realidad sentía algo de cariño hacia aquel joven, el único, de hecho, que le era próximo por lazos de sangre, nadie podía saberlo. Tampoco se sabía a ciencia cierta si era aquella la primera vez que observaba al muchacho o si ya lo había hecho alguna otra vez antes. Solo sabemos que, cuando al día siguiente Víctor pasó como cada día a la misma hora por el jardín y vio a su tío trabajando entre las flores, fue una gran sorpresa para Víctor encontrarse abierta una de las puertas de madera del embarcadero. A partir de entonces no pasó un día en que la puerta no estuviera abierta cuando él llegaba.

Otros signos evidenciaron que su tío le observaba de cerca. Cuando en otra ocasión —cosa que no había hecho nunca hasta entonces— estaba en la cancela de la puerta de entrada, metiendo melancólicamente su rostro entre dos barrotes, oyó de repente sonar sobre él un ruido como de una cadena y vio que, tras este ruido, se abría la cancela con un suave empujón de los barrotes y se le permitía salir. Aprovechó la oportunidad y ese día recorrió todos los parajes de la isla que le habían sido hurtados hasta entonces.

Cuando había dejado que el perro corriera libre, el viejo había tocado en lo más profundo del alma de Víctor. El adolescente empezó por su parte también a observar a su tío de cerca y a pensar ¡quién sabe! que no era tan duro de corazón como parecía, y que más bien se trataba simplemente de un viejo infeliz.

Así aprendieron a convivir, uno al lado de otro, aquellos dos extraños vástagos de la misma estirpe, que por esa sola razón tendrían que haber estado más próximos entre sí, pero que en el fondo eran muy diferentes: Víctor representaba alegre inicio de la vida, la libertad, con esos grandes ojos suyos llenos de dulzura; el otro, la degradación de la carne, con esa mirada amedrentada y con el pecado reflejado en cada uno de los rasgos de su rostro. El pobre viejo había optado por llenar primeramente su barriga, pues pensaba que esto constituía un goce; esto es, que le suponía un beneficio. En toda la casa vivían cuatro personas: el tío, el viejo Christoph, Rosalía —que así se llamaba la vieja ama de llaves y cocinera—, y, finalmente, la también anciana y retrasada Inés, que era la ayudante de Rosalía. Entre estos seres avejentados se movía Víctor, que deambulaba acá y allá entre aquellos viejos muros como alguien que no pertenecía a ese lugar. Incluso los propios perros de su tío eran unos animales francamente viejos, y también lo eran los árboles frutales que crecían en el jardín, y los enanitos de piedra de la pradera, y los tablones de madera del embarcadero. Víctor, mirando a su alrededor, solo veía una cosa que fuera tan joven como él: se trataba del verde y tierno follaje, que con sus exuberantes brotes crecía y se extendía y se multiplicaba por doquier.

Con frecuencia el joven buscaba la habitación donde dormía su tío, pero por más que lo intentaba, no lograba hallarla. También le venían a la memoria en esas ocasiones dos afirmaciones que casualmente había oído de boca de la vieja ama de llaves: que el viejo no confiaba en nadie y que de otro modo, habría contratado ya a alguien en Hul para ponerlo a su servicio. Pero esto no lo hacía nunca. Cuidaba de afeitarse él mismo para que nadie le cortase el cuello y ataba muy bien todas las noches a sus perros para que no lo devorasen. Estas circunstancias, que denotaban la mayor precaución por parte de su tío, hacían meditar profundamente a Víctor y tanto más cuanto que se ofrecían ahora ante él signos que hacían pensar que dicha precaución se atenuaba. La cancela de hierro en el pasillo, que daba acceso a su dormitorio, no volvió a ser cerrada; la puerta de tablones en la caseta de baño estaba siempre abierta cuando él llegaba, y había recibido un silbato del tío a través de cuyo sonido se abría siempre la cancela de hierro de la verja principal, pues la puerta no se cerraba con una llave, como todas, sino que de una de las habitaciones de la casa —solo su tío sabía cuál— salía una cadena que recorría los muros y que, convenientemente manipulada, podía abrir y cerrar la puerta a voluntad.

La primera vez que ambos parientes se lanzaron a conversar abiertamente fue por un motivo realmente curioso, se podría decir que por celos. Ocurrió que Víctor regresaba una noche de una excursión a los alrededores de la isla en compañía de los cuatro perros —dado que los tres del tío se habían acostumbrado a ir con Víctor, con lo que se habían convertido en unos animales verdaderamente alegres y sorprendentemente tranquilos—. Cuando el tío, que casualmente estaba en esos momentos en el jardín, vio que llegaba tan bien acompañado le dijo:

—Tu perro es de lejos mucho mejor que mis tres bestias. Ciertamente esos animales no son de fiar; no comprendo cómo se han podido pegar a ti con esa facilidad.

—Trátelos con cariño, como yo a mi perro, y acabarán siendo tan buenos como él —le respondió Víctor.

El viejo le miró con extraños ojos escrutadores y no respondió nada. Pero desde entonces, cada vez que se sentaban a la mesa, hablaban de los temas más variados. En una ocasión Víctor se mostró especialmente locuaz cuando el anciano, no se sabe si a propósito o solo por casualidad, le indujo a hablar de sus planes de futuro. Tras ingresar en su nuevo empleo, dijo Víctor, trabajaría hasta el límite de sus fuerzas cada día. Cualquier falta que encontrase en su labor, la corregiría. Sugeriría a sus superiores mejoras a la hora de trabajar. No toleraría ningún titubeo ni un desliz en su trabajo. En las horas libres estudiaría las Ciencias y los Idiomas de Europa a fin de poder dedicarse a la literatura en un futuro. También estudiaría el arte de la guerra, porque quizás le sería dado en alguna ocasión alcanzar el más alto cargo estatal o, si fuese preciso, afrontar los más peligrosos retos como mariscal de campo. En caso de que, una vez hecho todo esto, descubriese que había sido bendecido además por el talento, no descuidaría del todo a las musas, no fuese a ser que tal vez ese talento le alcanzase para enfervorizar y enardecer a toda una nación.

El tío, mientras Víctor hablaba, se entretenía metiéndose bolitas de pan en la boca. Luego cerró los estrechos labios rojos, como acostumbraba a hacer.

—Nadas realmente bien —le espetó a su sobrino—. Te vengo observando desde hace tiempo; pero el arco del brazo derecho es un poco corto y tal vez el movimiento de pies es excesivamente impetuoso. ¿No te apetecería probar la caza alguna vez? Te daré una de mis escopetas y podrás rondar alrededor de la isla y disparar.

—No me apetece disparar a los pájaros cantores que veo volar por ahí —respondió Víctor—. Me dan demasiada pena y, además, en toda la isla sólo hay dos cosas: viejos árboles de jardín y jóvenes árboles del bosque en pleno crecimiento. Difícilmente podría encontrar entre ellos un zorro o cualquier otro animal propicio para la caza.

Entretanto su tío bebía vino sin parar y comía golosinas y bombones. Después se fueron a dormir. Víctor ya no iba acompañado por su tío al dormitorio, como en los primeros días de su estancia, sino que encendía un quinqué después de la cena y se dirigía a su cuarto, con su fiel perro detrás.

Así pasó el tiempo y se fue aproximando el día en que, conforme a lo prometido, Víctor tendría que ser devuelto a Hul. De un modo intencionado, no había hecho en los últimos días la más mínima mención a ello.

Una noche, cuando ya quedaba poco para que Víctor partiera, su tío se metió en una habitación y comenzó a revolver entre una pila de papeles y a separarlos con manos poco diestras, según su antigüedad. Cogió unos cuantos y los colocó en un rincón. Se dirigió entonces al comedor donde Víctor, que llevaba allí desde hacía un rato, le esperaba de pie. La noche transcurrió como de costumbre y poco después llegó el último día. No bien amaneció, Víctor comprobó que su corazón se aceleraba. Estaba intrigado por saber qué le diría su tío y adónde le conduciría todo aquello. Se vieron, como cada mañana, en el desayuno, y por lo demás el día fue transcurriendo con la misma lentitud que de costumbre. Entonces, a media tarde, el viejo se puso su holgada cazadora gris y comenzó a caminar de un lado para otro, entrando y saliendo de la habitación. Hasta que finalmente dijo:

—¿Cuándo has de marcharte? ¿Hoy, o quizás prefieres irte mañana temprano?

—Es hoy, tío, cuando debo partir. Si no quiero llegar demasiado tarde… —respondió Víctor.

—A las afueras de Atmmanning tendrás ocasión de coger un carruaje.

—Ya he contado con ello. Por eso necesito marcharme hoy. De otro modo no podré llegar a tiempo.

—¿Necesitas partir hoy entonces? Si es así, te tendrá que llevar Christoph… ¿Has recogido ya tus cosas?

—Ya lo he empaquetado todo, tío. Mis cosas están en orden.

—Así que lo tienes todo empaquetado y en orden. Bien, bien. Había algo más que quería decirte, pero ¿qué era? Escúchame una cosa, Víctor.

—¿Qué, tío?

—Pienso que, si tú quisieses, todavía podrías quedarte un tiempo más con un hombre que no tiene a nadie en el mundo.

—¿Y cómo podría quedarme?

—Creo que debo de tener tu permiso de vacaciones por aquí; espera, creo que lo puse en la mesa de las pipas.

Y empezó a revolver por los cajones de la mesa y por los armarios donde estaban las pipas y las petacas, hasta que finalmente sacó un papel y se lo extendió a Víctor.

—¿Ves?

El joven estaba realmente asombrado, casi desconcertado. El papel era, de hecho, un permiso que le concedía vacaciones por tiempo indefinido.

—Lo puedes mantener el tiempo que quieras —dijo el tío—. Cuando lo desees, te podrás marchar. Mientras tanto, puedes salir cuanto quieras y hacer las excursiones que desees.

Víctor no sabía muy bien cómo reaccionar. Había esperado largo tiempo a que llegase ese día y ahora veía a aquel extraño hombre, al que había llegado a odiar en un principio, allí de pie delante de él, rogándole que no se fuera. Su viejo y arrugado rostro denotaba una indescriptible sensación de abandono; incluso le parecía como si en su interior anidase un tembloroso y sorprendente sentimiento de afecto. El buen corazón del joven se descubrió conmovido; permaneció quieto y callado durante breves instantes, y luego dijo con la sinceridad que le caracterizaba:

—Creo que quiero permanecer un tiempo aquí, tío, si así lo desea usted y si lo considera conveniente.

—El único motivo que se me ocurre para que te quedes es que yo realmente deseo que lo hagas —dijo el anciano.

Después cogió el papel con el permiso de vacaciones, revisó inútilmente tres cajones por si había sitio, y terminó colocando el documento en un cuarto anexo, junto a una repisa llena de minerales.

Víctor, que esa misma mañana había dejado vacío su cuarto, al no tener ni la menor idea de que las cosas fuesen a desarrollarse así, volvió de nuevo a la estancia y empezó a vaciar su mochila. Se sentía ahora doblemente inseguro y doblemente tenso por no saber muy bien adónde le conduciría aquella aventura y qué razones habrían impulsado a su tío a poner tanto empeño en conseguirle un permiso de vacaciones antes siquiera de haber comenzado a trabajar. Por unos instantes le asaltó una duda. Se preguntó si era cariño lo que este anciano necesitaba en realidad, en vez de la moribunda abundancia de cosas y trastos de las que se había venido rodeando hasta entonces. Pero luego cayó en la cuenta de que el viejo había sacado con sospechosa indiferencia el papel de la mesa y que luego había buscado un cajón nuevo en donde poder esconderlo.

Víctor llevaba tiempo observando cómo el anciano nunca volvía a colocar un objeto en su lugar originario, sino en uno nuevo siempre. Y cómo, en aquella ocasión, había llegado incluso a olvidar al joven, dejándolo marchar sin dirigirle la palabra.

El viejo tenía en la casa una biblioteca, pero como hacía mucho tiempo que no leía, el polvo y las polillas se habían ido adueñando de los libros. Víctor, que había descubierto la colección hacía poco tiempo y había conseguido la llave para entrar en el cuarto, se encargó de colocar una escalera para poder llegar a todos los estantes, quitó el polvo a los volúmenes y devoró los que más le atraían. También le proporcionaba gran placer poder caminar por los tablones del suelo de la casa y tirarse al lago por la puerta que el tío le dejaba abierta cada vez. Se enteró de que los monjes utilizaban aquella puerta para sacar las cosas del barco, que entonces eran pesadas y difíciles de subir y trasladar por las escaleras. Del armario de caza de su tío cogió una bella y antigua escopeta de caza alemana y se recreaba en limpiarla y ponerla a punto para ser utilizada. Christoph le mostró un día un pasillo que discurría por el exterior de la casa y que ascendía hasta el monasterio. Víctor se dedicó a admirar las tranquilas y polvorientas campanas, colgadas en su campanario. También recorrió sus claustros, cubiertos de cuadros que representaban viejos abades a cuyos pies, escritos en color rojo sangre, constaban sus nombres y fechas de nacimiento y muerte; y también el monasterio en sí, formado por altares revestidos de oro y plata. A través de algunas interminables escaleras de peldaños de piedra pulida, había llegado hasta las celdas, en las que ahora se respiraba un aire apagado.

Por lo demás, cuando la isla se le quedó pequeña, su tío le llevó a visitar todo el lago en una barca. Pese a ello, al cabo de unos días empezó a arrepentirse de haberse quedado allí. Su tío se pasaba el día comiendo y bebiendo, y aparte de eso apenas hacía otra cosa.

—Pronto te dejaré marchar —dijo su tío un día cuando terminaron de comer. Sobre el peñascal se había desatado una gran tormenta y las gotas de lluvia caían como proyectiles diamantinos sobre el lago. Ambos llevaban largo rato sentados contemplando el chaparrón.

Víctor no respondió nada a estas palabras, pero notó que el corazón le empezaba a latir con fuerza.

Después de breves instantes su tío volvió a hablar. Su voz era parsimoniosa:

—Todo es inútil: juventud y vejez no son compatibles. Mira, tú eres un muchacho lleno de bondad, fuerte y leal. Eres mejor de lo que nunca fue tu padre; te he observado bien y mereces una formación, mereces educarte; tienes un bello cuerpo que nada con energía en el lago, que se mueve entre las verdes ramas de los árboles del bosque, los mismos que ahora crecen con tanta exuberancia y que luchan por sobrepasar en altura y fuerza a los árboles frutales; un cuerpo que llevas contigo a través de los campos y de los viejos muros y a través de los vientos. ¿Pero eso qué significa? Tu lozanía trasciende cualquier espacio.

Se trata de un bien que me grita sin parar que he perdido ya mi oportunidad, que nunca conseguiré lo que mi ojo contempla con envidia. Porque yo no lo he sembrado, ni lo he cultivado. Han pasado los años por mí, y también pasan los años más allá de las montañas, y ninguna fuerza puede devolverlos a donde ya solo reinan las frías sombras. Ve con tu vieja madre adoptiva, perdónala porque no te escribiera ni una sola carta. Ve, y sé feliz con ella.

Víctor se sintió sumamente afectado por estas palabras de su tío. El anciano estaba sentado de tal forma que los rayos de la tormenta iluminaban su rostro de hito en hito, y a veces parecía como si el fuego fluyese por sus canosos cabellos y una lechosa luz bañase sus rasgos. Si antes el joven se había sentido intranquilo debido al silencio de su tío y a su indiferencia, esta extraña excitación de ahora le resultaba aún más inquietante. El anciano se erguía, estirando el cuello, en la recia butaca de cuero mostrando una profunda agitación.

Durante un rato el muchacho no pronunció palabra alguna sobre lo que su tío le había dicho. Intuía, más que comprendía, sus términos. De repente dijo:

—Reconozco que me producía una gran inquietud no recibir nunca respuesta a las numerosas cartas que enviaba a casa, a pesar de que, desde que estaba aquí, Christoph había estado ya cuatro veces en Hul y en Attmaning. Este es el motivo por el que preguntaba con frecuencia si había carta para mí.

—Era imposible que ella te respondiera —dijo el anciano.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo impedía. Le escribí prohibiéndola terminantemente que te enviara cartas. Por lo demás, has de saber que están todos bien y con salud. Pero ahora dejemos eso.

—¡No, tío, no vamos a dejarlo! No sé por qué motivo estoy aquí, ni tampoco por qué me quedé más tiempo: pero ahora lo que quiero hacer es marcharme de aquí cuanto antes; me lo ha prometido. Dígale a Christoph que me lleve al otro lado del lago.

—¿Lo ves cómo prefieres a tu vieja madre adoptiva? ¡Siempre lo había pensado! ¡Ah! ¡Yo siempre lo había sospechado!

—Si hubiera amado usted a alguien, quizás habría recibido también el amor de alguien en correspondencia.

—¡A ti! ¡A ti te he amado! —gritó de tal modo que hizo temblar a Víctor.

Y después hubo unos instantes de silencio.

—Ahora callas, ¿no? ¿Qué pasa ahora con la correspondencia del cariño? Dime, ¿qué? ¿Me has querido tú en correspondencia? —preguntó el viejo expectante.

Víctor no era capaz de decir que sí. Se quedó callado.

—¿Lo ves? —dijo el anciano. Lo sabía, pero estate tranquilo. No pasa nada, todo está bien. Si quieres marcharte, te daré una barca para que puedas irte. Pero ¿no prefieres esperar a que cese la lluvia?

—Puedo esperar lo que sea preciso y aún más, si usted tuviera algo serio que hablar conmigo. Lo que temo es que no se trate más que de una insensata ocurrencia para pretender atarme a su lado más tiempo.

—¿Debo aceptar yo tu opinión, o tú la mía?

—No lo sé; pienso que no deberíamos aceptar ninguna de las dos. Pero usted debería entender que al menos me resulte extraño que al principio me mantuviese encerrado en esta isla a la que yo llegué solamente porque usted me lo pidió, o, más aún, porque mi madre adoptiva y mi tutor decidieron que así fuese. Y también debería aceptar mi extrañeza por el hecho de que usted haya impedido que mi madre me mandase cartas, y lo que es más extraño aún, que esto sucediese antes de que nosotros dos nos hubiésemos conocido. Sin embargo, tío, es mejor que olvidemos todo. Por eso le ruego que lo dejemos estar, que me dé una barca y que permita que me vaya.

—No, mi joven halcón; esto no puede quedar así. En primer término el tono de tus palabras debería ser distinto. Escúchame. Mi forma de actuar no es tan extraña. Está muy claro por qué quería verte, y por qué llevaba tanto tiempo queriéndolo: porque cuando yo muera serás tú quien herede mi dinero. La vida no me ha bendecido con un hijo. Mi vida me ha ido llevando de un sitio a otro, todos mis amigos han ido muriendo, me he ido quedando solo. Y finalmente he dado con mis huesos en esta isla. Hace tiempo hubo aquí un monasterio que ya desapareció. Compré el terreno donde se hallaba, así como esta casa, que primero fue una ermita y más tarde una prisión para los monjes rebeldes. Alrededor de la casa crecen libremente todo género de árboles y de plantas. Me gusta pasear entre ellos. Y además, ¡tenía tantas ganas de verte, Víctor! Quería ver cómo eras, de qué color eran tus ojos, tus cabellos, cómo era tu cuerpo y contemplarte como si fueras el hijo que yo jamás he tenido.

»Comprende que si hubiera permitido que ellos te hubieran seguido escribiendo, habrías mantenido la misma odiosa y dulzona dependencia que siempre has tenido hacia tu familia adoptiva. Quise alejarte de

ese ámbito y abrirte al sol y al mundo; de lo contrario, te habrías convertido en un ser endeble, como lo fue tu padre y tan poco constante que llegarías incluso a traicionar aquello que creías amar. Tu constitución, sin duda, es más fuerte que la tu padre y eres más arrojado; esto es bueno y te alabo por ello. Pero no deberías orientar tu corazón hacia las mujeres volubles, sino asentarte sobre roca firme. Yo podría ser para ti esa sólida roca que necesitas. Si no puedes siquiera imaginar quererme, ¿no será que en verdad me temes? Bien, sea como sea. Quien a veces no puede apartar de sí la poderosa roca de la vehemencia, tampoco puede entender nada de lo que es el fundamento y la base del verdadero amor. Sería lo justo. Tú muestras tu ternura y tu buen corazón bien a las claras. Podrías ser mi hijo si quisieras. Podrías lograr por ti mismo llegar a tenerme consideración e incluso quererme.

»Y si finalmente lo lograras, entonces los demás hombres te parecerían pequeños y poco apreciables. Serían personas que nunca habrían logrado hacer que yo sintiese nada por ellos, nada por aquel lugar donde reside el verdadero tesoro y las fuentes originarias del cariño. Pero antes de lograrlo tú, ya habrían pasado cien años y todo habría terminado. Pensar esto era lo que más me afligía. Pero, en todo caso, no tendría por qué ser así; las cosas podrían llegar a ser de otro modo. ¡Con cuánta frecuencia he deseado estar contigo antes de que te enviasen aquí! Tu padre debería haberme entregado tu custodia, pero él pensaba que yo era un buitre que te destrozaría. No se daba cuenta de que en realidad yo hubiese hecho de ti un águila que llevaría al mundo en sus garras, y, que si hubiese sido necesario, tranquilamente arrojaría todo al vacío sin pensárselo dos veces. Pero tu padre amó a aquella mujer a la que luego abandonó; no obstante, no fue lo suficientemente fuerte como para olvidarla, sino que te entregó a ella, cuando él murió, para que fuese para ti como una fiel gallina que protege a sus polluelos cuando la pezuña de un caballo amenaza con aplastarlos.

»En estas pocas semanas ya has crecido y te has hecho más fuerte. Has tenido que luchar contra la adversidad y las imposiciones. Pero ya puedes irte. Hice que vinieras aquí a pie, para que aprendieses a estar en contacto con la naturaleza y conocieses el cansancio; hice que vinieses junto a mí por si podía darte un buen consejo. Uno que ni el letrado, tu instructor, ni aquella mujer, fueran capaces de darte. Todo lo que estaba en mi mano hacer tras la muerte tu padre, lo hice. Pronto lo comprenderás. Y ahora presta atención a mi consejo: creo que tienes intención de comenzar a trabajar en el empleo que ellos consiguieron para ti. Ese empleo que te servirá, como ellos dicen, para ganarte el pan de cada día; ¿no es así?

—Sí, tío.

—Ya has visto que he conseguido para ti un permiso de vacaciones, antes siquiera de que comenzases a trabajar. Eso te demostrará bien a las claras lo que te necesitan en realidad, y lo importante que es el empleo que te aguarda. Tienes un permiso por tiempo indefinido. En cualquier momento te pueden despedir y, de hecho, ya habrá alguien que necesite el empleo más que tú. ¿Qué puedes producir tú que signifique algo; tú, que no eres más que un adolescente que apenas has recogido un grano de la tierra y que casi no has podido hacer nada a lo largo de tu vida que pueda ser de utilidad? Yo, hijo mío, te aconsejaría que hicieras algo muy distinto, algo mucho más grandioso e importante de lo que ahora te aguarda: lo que tienes que hacer es casarte.

Víctor dirigió la mirada hacia su tío y exclamó:

—¿Qué?

—Que tienes que casarte. No inmediatamente, pero debes casarte mientras aún seas joven. Cada uno debe subsistir por sus propios medios, esto lo saben todos los que tienen un empleo. Cada uno existe en razón de sí mismo, pero no todos se dan cuenta de que esto es así y algunos incluso se juegan la vida por siete peniques. El hombre que tu padre contrató para protegerte creyó que lo hacía bien cuando en algunos momentos sujetó demasiado fuerte las riendas desbocadas de tu juventud a fin de que controlases tu hambre y sed insaciables; tu madre adoptiva, con toda su buena voluntad, la pobre, logró ahorrar una pequeña suma de dinero para ti —sé muy bien lo mucho que suponían para ella esos pequeños ahorros. Lo hizo con la mejor intención, y eso está muy bien—, pero lo cierto es que yo he logrado ahorrar más que ambos juntos, tu padrino y tu madre. Pronto lo experimentarás en tus propias carnes, pero yo, por si acaso, te diré por qué intenté casarme, igual que te pido que hagas tú ahora. Cada uno existe por y para sí mismo cuando pone en juego sus mejores capacidades, y cuando la ola de su vida alcanza su máxima altura y potencia, y cuando uno apura la copa de su vida hasta el fondo. Y si uno es tan inteligente que sabe poner en juego todas sus facultades —grandes y pequeñas, pero todas ellas—, entonces se mostrará ante los demás como el mejor de los hombres, puesto que siempre estará a disposición de todos los que le rodean. Pues la entrega apasionada a favor de los demás, incluso hasta la misma muerte, no es otra cosa en última instancia que el supremo y más gozoso desarrollo de la flor de la vida humana. En cambio, quien en su pobreza de espíritu desperdicia toda su fuerza vital para satisfacer únicamente una mera exigencia exterior de

supervivencia como sería el hambre, incurre en una unilateral y lamentable estupidez y además arrastra a la ruina a los que están a su alrededor. Víctor, ¿sabes tú lo que es la vida en realidad? ¿Conoces aquello que llamamos vejez?

—Cómo podría conocerla, tío, si aún soy tan joven.

—Ciertamente, no la conoces, ni puedes conocerla todavía. ¡Ah!, se trata de un campo inabarcable que tiene dos amplias dimensiones y que produce muchos más frutos de los que se han sembrado. La vida es rica en matices, y uno se sumerge en sus profundidades, y su belleza radica en explorar esa profundidad inabarcable. Y la vejez es como una mariposa del atardecer que aletea de un modo inquietante en torno a nuestros oídos, y que se aleja antes de que uno pueda reconocer sus colores. Entonces uno quiere atraparla, pero es en vano, porque ya se ha escapado. Y cuando un hombre muy anciano se sitúa en la cumbre de todos sus actos realizados hasta aquel momento, ¿de qué le sirve esto si no ha generado otro ser que le perpetúe? Si hay hijos, nietos y biznietos alrededor de él, se sentirá como si fuese un hombre milenario; morirá alegre y continuará existiendo de algún modo sobre la tierra en la otra vida; de lo contrario, no se sabrá siquiera si ha pasado por este mundo y aun si ha existido siquiera. Por esta simple razón debes casarte, y por eso debes construir tu espacio y tu ámbito propios en los que puedas desarrollarte y moverte. Por ello me he preocupado de modo especial y he velado por ti: porque sabía que los otros no podían hacerlo igual que yo lo haría. Después de la muerte de tu padre, se me hurtó tu custodia y protección, y, sin embargo, yo he sabido cuidar mejor de tu herencia que tu tutor y que tu madre de adopción juntos. Y me he ocupado de salvar tu hacienda, que, de lo contrario, se hubiese perdido. Sí, no te sorprendas; simplemente limítate a escucharme. Dime, ¿de qué te sirven los pequeños ahorros de tu madre o la escasa renta de tu tutor? ¿Te darán para llevar una vida gris y empobrecida? He sido avaro, pero lo he sido por una razón muy clara, mientras ellos despilfarraban el dinero sin lograr beneficiarse ni a sí mismos ni a los demás. Presté a tu padre, mientras vivió, pequeñas sumas de dinero como suelen hacerlo los buenos hermanos entre sí, y él me dio los recibos de los ingresos correspondientes, que yo incorporé a su cuenta propia. Cuando él murió, vinieron los acreedores que le habían convencido para llevarse sus pequeños ahorros, pero allí estaba yo para mostrarles mis derechos y también para convencer a tu tutor de que no se llevase una miserable cantidad que quería coger para dártela. ¡Miopes de ellos! Los acreedores fueron saldados al poco tiempo y cobraron sus intereses, pero no lo que pretendían. Ahora la hacienda está libre de cargas y los rendimientos que durante quince años se han producido en el banco son tuyos. Mañana, antes de que partas de viaje, te daré los papeles que acreditan tu fortuna. Mañana debes irte puntualmente, porque he mandado a Christoph decirle al viejo pescador que te trajo que te recoja. Lo mejor es que te marches cuanto antes. Sé un campesino, como lo eran los viejos romanos; disfruta como te plazca. Si eres listo, bien está, pero si eres un necio, espera como yo a la vejez para arrepentirte. Me consideran un avaro, pero era avaro porque disfruté de la vida de un modo ardiente, como creía que debería de disfrutarse. Estaba equivocado.

Y prosiguió:

—Tú serás seguramente mi heredero y deseo que obres mejor de lo que yo lo hice. Por eso este es mi consejo, no mi condición: emprende un viaje que dure dos o tres años. Luego vuelve y cásate, y conserva al principio al administrador que he puesto al cuidado de tu hacienda, porque te instruirá convenientemente. Esta es mi opinión. Ahora tú haz lo que quieras.

Entretanto había cesado la tormenta y la habitación se había llenado por completo de un suave sol dorado. El joven, sin embargo, se hallaba en la parte más oscura del cuarto. No contestó nada. Durante la conversación el anciano se había puesto muy colorado, y las pestañas de sus ojos se habían contraído, como movidas por una gran excitación de nervios.

Durante un largo rato se hizo el silencio.

Después el anciano comenzó a hablar de nuevo lentamente y dijo:

—Si albergas ya sentimientos hacia alguna mujer, no le hables de matrimonio antes de tiempo, simplemente tómala y pídela que se case contigo. Pero si no tienes ninguna, búscala sin dilación y, si la encuentras, no dudes, porque la oportunidad, igual que viene pasa. Yo mismo tuve en una ocasión tal sentimiento, y por hablar demasiado, la perdí. Aguarda, tal vez encuentre todavía su retrato.

Después de pronunciar estas palabras, se levantó y buscó con afán durante largo rato en los armarios de alrededor, en una habitación y en la otra, pero en vano. Por fin, tras manipular un polvoriento candado, abrió un cajón y sacó un retrato enmarcado en un cristal. Limpió el cristal con el puño de su cazadora y dijo, mostrándoselo a Víctor:

—¿Lo ves? ¡Mira, qué bonita era!

Víctor se puso rojo como un manto de púrpura y exclamó:

—¡Esta es Hanna, mi hermanastra!

—No —dijo el anciano—. Es Luzmila, su madre. ¿No te ha hablado nunca de mí y de tu padre?

—Jamás.

—Ella me considera el ser más malvado del mundo.

—Jamás ha dicho nada malo de usted; nunca supe de usted otra cosa sino que era mi tío, simplemente.

—Umm, ¿así es ella? Eso pensaba yo. Solo si hubiera sido un poco menos terca, todo habría resultado muy distinto. Pero las cosas fueron como fueron. Ella era muy bella, y yo la hice retratar para cortejarla. Una vez me la encontré en el bosque. Su gorro y su pañuelo colgaban de las ramas voladizas de un arbusto, y ella estaba sentada en una ancha piedra. Mi hermano estaba sentado junto a ella y la sostenía entre sus brazos. Durante mucho tiempo fue este el lugar de sus encuentros y a mí siempre me despreció. Al principio la quise matar, pero después rompí el lazo que me aferraba a ella y grité: «Al final, será mejor así; lo pregonaréis a los cuatro vientos y luego os casaréis». Quise poner en orden los bienes inmuebles de tu padre y promover su empleo para que pudiese aceptarlo, pero cuando estuvo un tiempo fuera y se produjo el acontecimiento de su boda con tu madre, allí quedé yo ante Luzmila y la escarnecí. ¿De verdad que no sabías nada de todo esto?

—Ni una palabra.

—Han pasado muchos años de aquello (él tenía un increíble poder de elocuencia y era muy guapo), pero todo esto ya ha caído en el olvido.

Después de decir estas palabras, cogió de nuevo el retrato de la mesa, lo cerró con llave y lo colocó en un sencillo cajón junto a la colección de pipas.

—La arena está seca ya; ¿lo ves? Como ya te dije el otro día, este terreno es una mullida rocalla que sirve de base al peñascal; absorbe los chaparrones como un colador. Tengo que quitar un montón de humus de las flores. De eso pecan también los árboles frutales de los monjes, y por eso prolifera tanto la madera alrededor de nuestras montañas.

Cuando se levantó de la mesa, supo Víctor que no volvería a sentarse, sino que pasaría enseguida a otro asunto.

Así sucedió. Durante un rato el viejo ordenó algunas cosas que había alrededor y después se dirigió al jardín y ató unos ramilletes de dalias.

El joven no abandonó la casa, sino que permaneció en su habitación, mirando por la ventana. La tormenta había cesado y un cálido sol brillaba todavía, pero, como estaba atardeciendo, algunas montañas estaban rodeadas por oscuras nubes, mientras otras se elevaban como ardientes carbones sobre las ruinas hasta que, poco a poco, todo ardió y se apagó y solamente acabó por divisarse la espesa oscuridad.

Christoph recogió al joven, cuando era la hora, para ir al comedor; transcurrió la tarde como cualquier otra, y los dos parientes no cruzaron apenas una palabra más entre sí. Durante la noche, empero, se escuchó caminar al joven de arriba abajo de la habitación, hasta el amanecer. A la mañana siguiente ambos desayunaron puntualmente, como tenían por costumbre. El perro se movía inquieto de un lado a otro alegremente, y la mochila y el bastón de caminar estaban preparados en un rincón para el viaje.

—Te acompañaré hasta la puerta de la cancela —dijo el tío, y empujó un resorte contra la pared, de modo que se oyó cómo la puerta de abajo se abría ruidosamente.

Víctor había cerrado las hebillas de su mochila, tenía su bastón en su mano derecha y su gorro en la cabeza. El tío le acompañó escaleras abajo y luego a través del espacio ajardinado, hasta la cancela. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna durante el camino. El tío se detuvo ante la puerta, extrajo un paquetito del bolsillo, y dijo:

—Aquí tienes los papeles.

Sin embargo, Víctor respondió:

—Permítame, tío, que no los acepte.

—¿Qué? ¿Qué no los coges? ¿Qué clase de mosca te ha picado?

—Sencillamente déjeme que no los acepte; no intente forzar mis sentimientos. Simplemente no puedo; deje al menos que por esta vez se hagan las cosas a mi manera, se lo ruego.

Y cuando el anciano colocó de nuevo los papeles en su bolsillo, Víctor le miró detenidamente. De sus claros ojos brotaron entonces brillantes lágrimas, producto de un profundo sentimiento. Después se inclinó repentinamente ante el anciano y besó con fuerza su rugosa mano.

El viejo emitió un sordo e inquietante quejido, como un intenso suspiro, y empujó al joven fuera de la cancela.

En el lugar destinado al embarque estaba ya esperando el bondadoso anciano de Hul con su barca y también se hallaba en la misma la alegre muchacha de ojos azules, igual que a la ida. Pero el joven estaba

taciturno, y únicamente prestó atención a la verde lengua que formaba la isla rodeaba la montaña del Orla como si fuese a absorberla, hasta que solamente pudieron contemplar el azulado manto del agua solitaria.

Rápidamente la barca abandonó la isla, dejando atrás las ruinosas piedras y el camino que ascendía por la montaña y proseguía a través del largo sendero del bosque. Víctor miró hacia atrás. Apenas podía divisarse el peñascal, pero descubrió que la desnuda pared oscura que tanto le había sorprendido a la venida era en realidad la montaña del Orla. La contempló ahora unos instantes y pensó que detrás de esta se hallaba la isla, y se dijo que en ella pasaría ahora lo mismo que tan a menudo ocurría cuando él regresaba de sus excursiones, que los arces oscilarían movidos por el viento y que el sol se ocultaría rápidamente; y que, en cualquier lugar de la misma, dos solitarios ancianos se hallarían sentados, el uno, aquí y el otro, allá, y que ninguno hablaría con el otro.

En dos horas estuvo en Attmaning y, al caminar a través de las oscuras alamedas de árboles por el lugar, oyó casualmente el sonido de las campanas: jamás un sonido había acariciado tan dulcemente sus oídos. En el callejón de la posada había mercaderes de ganado rodeados de esos bellos animales castaños de las montañas que ellos arreaban hacia las llanuras, y la plaza estaba completamente abarrotada de gente, joven y mayor, ya que precisamente era día de mercado. A Víctor le parecía como si durante este tiempo pasado en la isla hubiese estado soñando, y ahora volviera a la realidad. En vez de dejarle al muchacho, como a la ida, el posadero le proporcionó un carrito que le pudiese llevar al pueblo, y con este vehículo llegó de nuevo a los campos de cultivo, a la gente, a las calles y a la alegre animación del bullicio laboral propio de las pequeñas poblaciones.

Después de unos cuantos días alternando montura entre vehículos de toda clase, se vio de nuevo caminando por las praderas valle arriba; caminó por un sendero, después por otro, a través de Hollunder, y poco después llegó a la cancela del jardín de su casa.

—¡Madre, le traigo de nuevo al perro! —gritó él cuando divisó la casita, cuyas puertas y ventanas estaban abiertas de par en par. Su madre estaba delante del manzano.

Al oír su voz, Hanna corrió fuera de la casa, pero se quedó repentinamente quieta, sin poder decir palabra.

—¡Dios te bendiga, hijo mío! ¡Dios te bendiga mil veces, mi querido muchacho! —dijo la madre y le estrechó entre sus brazos, que temblaban de alegría—. Lo sabíamos todo —dijo tras unos instantes, al terminar de abrazarlo—. Tu tío mandó mensajes y cartas a tu tutor.

—¡Madre, el tío es un hombre magnífico! —exclamó Víctor.

—Sí, verdaderamente es un ser extraordinario —contestó ella—. Hizo el bien a todo el mundo, pero a él nadie le quiso. Te dejé que fueras con él con temor; sí, es alguien muy bueno, pero cuando pienso en él, siempre me vienen a la mente aquellas frases de las Sagradas Escrituras en las que se explica el modo en que Dios se aparece a los profetas: Dios no se aparece en el estruendo del trueno, ni en el rugido de la tempestad, sino en el murmullo suave de la brisa que corre por entre los arbustos. Sabíamos que todo iba a salir bien. El tutor, y todos los demás, decían que debías seguir tu camino y que tenías una magnífica vida por delante.

—¿Pero querría Hanna compartirla conmigo? —dijo Víctor.

—¿Hanna? ¿Quién ha hablado de Hanna? —preguntó la madre con ojos llenos de alegría.

Víctor no pudo contestar nada, debido al gran desconcierto que le embargaba. Hanna se hallaba allí, delante de ellos, con sus mejillas ardiendo de rubor.

—Seguro que querrá —dijo la madre—. Dejad que las cosas lleguen a su debido tiempo, niños. Ahora ella tiene que cuidar de tus pertrechos, para cuando tú te marches a tierras extrañas. Lo hemos previsto todo: las maletas ya están aquí, el tío ha preparado ya tu partida, y cuando vengan las costureras, tendremos todo listo en dos semanas. Mientras tanto visita a todos tus amigos de la ciudad, tanto para darles la bienvenida como para despedirte de ellos. Pero ¡qué moreno estás, Víctor! ¡Pasa, pasa adentro!

Y después de decir estas palabras, le acompañó a su cuarto y le preguntó si tenía hambre y qué prefería que le hiciese de comida. Hanna apenas se atrevía a mirarle y, cuando la madre se fue a la cocina, la muchacha corrió tras ella.

¿Qué más puedo contaros?

Al comenzar el otoño, hubo otra nueva despedida, pero distinta de la que se produjo en primavera. Tres años después Víctor volvió de sus viajes para quedarse definitivamente. Y poco después pudimos ver a dos seres que se encontraban delante del altar, cuyos rostros eran las vivas imágenes de otros que una vez habrían deseado haber estado delante del mismo altar, pero cuyo sentimiento de culpa y cuya propia desdicha habían logrado separarlos para toda la vida.

Todos los amigos, que habían compartido aquel paseo que narramos al principio de nuestra historia y en

el que se celebraba el cumpleaños de Fernando, estaban presentes en la boda, y también Rosina, que era ya casi una mujercita. También estaban allí el tutor de Víctor y su esposa, así como los compañeros de juegos de Hanna y Rosina.

Pero había una persona que faltaba: el tío de Víctor finalmente no había acudido.

El anciano se hallaba sentado, solo y triste, en su isla.

Adalbert Stifter nació en la pequeña ciudad mercantil de Oberplan (actualmente Horní Planá, en Chequia) en 1805. Fue el mayor de los hijos de Johan Stifter, que murió en 1817 aplastado por un tren. Aunque la familia no tenía mucho dinero, Stifter fue educado en el Gymnasium Benedictino de Kremsmünster, y en 1826 se matriculó en la Universidad de Viena para estudiar leyes. En 1828 se enamoró de Franny (Franziska) Greipl pero, tras cinco años de relaciones, sus padres le prohibieron que siguiera viéndola. Fue aquélla una pérdida de la que Stifter jamás lograría recuperarse. En 1835 se comprometió con Amalia Homaupt, con la que se casó en 1837. Fue un matrimonio infeliz. Stifter y su esposa, incapaces de concebir hijos, adoptaron, a lo largo de los años, a tres de las sobrinas de Amalia. Una de ellas se fugaría y otra, Juliana, desapareció y fue encontrada flotando en el Danubio cuatro semanas después. Mientras vivió en Viena, Stifter se ganó la vida precariamente como tutor de los vástagos de la aristocracia vienesa. Asiduo a la vida intelectual de la capital austriaca, era habitual encontrarlo en el famoso Burgtheater y en los cafés literarios acompañado de figuras como Franz Grillparzer, Joseph von Eichendorff o Robert y Clara Schumann. Tras visitar la ciudad de Linz en 1848, decidió establecerse en ella un año después. Su salud física y mental empezó a empeorar en 1863, y en 1867 enfermó de cirrosis. Sumido en una profunda depresión, se cortó el cuello la noche del 25 de enero de 1868, y murió dos días después. Considerado uno de los más importantes autores en lengua alemana del siglo XIX, a él se deben obras de la importancia de *Abdías* (1842), *Brigitta* (1844), *El sendero en el bosque* (1845), *Las piedras de colores* (1853), *Witiko* (1867) y especialmente *El verano tardío* (1857).